



¡SEÑORES DEL JURADO!

CLARK CARRADOS

¡Señores del jurado!

1. EDICIÓN
MARZO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 476 - 1960

NUMERO DE REGISTRO 6486/59

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA



CLARK CARRADOS - 1960

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

521 — Con las manos manchadas. 509 — Plata y pólvora.

En Colección SERVICIO SECRETO:

467 — Secuestro. 471 — ¡Yo lucho hasta el fin!
482 — La rubia de las ametralladoras.

En Colección BUFALO:

290 — El rancho de la "Q". 310 — El fin del odio.
317 — Sangre amarilla.

En Colección CONGO:

6 — Sahara en rojo.

En Colección CALIFORNIA:

33 — Alarma en La Línea.

En Colección COLORADO:

83 — Cita en el desierto. 106 — ¡Bandidos!

En Colección TEXAS:

165 — Muerte de un valiente.

***¡señores
del
jurado!***

***por
CLARK CARRADOS***



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Señores del jurado! La voz del fiscal resonó potente y clara en el absoluto silencio de la sala de justicia, completamente atestada de público, de la ciudad de Melton. Todo el que podía haberse agenciado un lugar estaba allí. La ansiedad y la expectación de los ciudadanos de Melton eran evidentes, y ninguno de los crímenes cometidos hasta entonces había conseguido despertar tanto su atención como el que iba a juzgarse en aquellos momentos. La sala era amplia y podía contener a un gran número de espectadores, cuyas pupilas iban y venían ansiosamente de la figura del fiscal a la de la persona acusada, espiando sus menores gestos y movimientos, para poder deducir sus reacciones. Había casi tantos periodistas como espectadores, muchos de ellos enviados especialmente por sus diarios, y el número de fotógrafos y *cameramen* era igual al de los reporteros.

El caso había causado verdadera sensación en todo el ámbito nacional, lo mismo en el momento de producirse el homicidio que en el actual en que iba a juzgarse al homicida. A diario se vertían torrentes de tinta, relatando los menores detalles del hecho, las declaraciones del fiscal, del defensor, del juez y hasta de cualquier persona que más o menos remotamente hubiera podido tener un mínimo de relación con los principales actores del caso: la víctima y su homicida.

El fiscal, Julius W. Polk, un hombre alto, delgado, impecablemente vestido de pies a cabeza, de ojos vivaces y nariz aquilina, arrojó una rápida mirada sobre el acusado, y repitió:

—¡Señores del jurado! Henos aquí para juzgar un hecho criminoso, aparentemente intrascendente y común en sí, pese a toda la propaganda que en torno del mismo se ha hecho, pero que, en el fondo, encierra más complicaciones y perturbaciones de las que desearíamos todos cuantos, en una forma u otra, intervinimos en el

mismo. Los hechos son los siguientes: en la madrugada del día 25 de abril del año en curso, una llamada telefónica alertó a la Policía de nuestra ciudad. El teniente de la Brigada de Homicidios, Fargus Mac Laine, acompañado de dos funcionarios más, se personó en el número 418 de la Avenida Pershing, domicilio de Hugh Keeler, encontrando a éste muerto a consecuencia de un disparo de pistola.

»La víctima se hallaba tendida, en posición decúbito supino, cerca del ángulo NO de la biblioteca de su domicilio. Frente a él, estaba la señorita Lorelei DeWitt, su prometida hasta el momento del deceso. La señorita DeWitt se encontraba sentada junto a una mesa, sobre la cual se hallaba el arma homicida, una pistola automática calibre .32, que constituye la prueba número uno y que más adelante será sometida a la consideración de los honorables miembros del jurado.

»Los exámenes forenses y técnicos demuestran, sin ningún género de dudas, que la muerte del señor Keeler se produjo a consecuencia de un traumatismo originado por la violenta penetración en su cerebro de proyectil del antedicho calibre, disparado desde una distancia superior a un metro, cosa comprobada científicamente, ya que en la epidermis del difunto no se encontró el menor rastro de quemaduras causadas por la combustión de la pólvora.

»La señorita DeWitt negó rotundamente haber sido la autora del homicidio, escudándose en la supuesta intromisión de un desconocido que, abriendo la puerta de la biblioteca de modo rápido e inesperado, había disparado sobre la víctima. La acusada dice no conocer al supuesto homicida, basándose en que todo ocurrió en contados segundos, y que dicho homicida, además, llevaba el sombrero hundido hasta las cejas, gafas oscuras y el cuello del abrigo levantado.

»Esto, que más parece un relato de melodrama que la declaración que un acusado depone en su descargo, queda completamente desvirtuado por varias causas que voy a exponer seguidamente.

El fiscal hizo una pequeña interrupción en su relato, gozándose en la expectación del público. Un par de fotógrafos tiraron sendas placas, haciendo relampaguear sus *flashes*. Polk se estiró maquinalmente los puños de la camisa y prosiguió:

—Primer argumento contrario: en la biblioteca, en el momento de ocurrir el crimen, sólo se encontraban los dos actores, es decir, la homicida y su víctima...

El defensor, Robert Graham, se puso en pie rápidamente.

—¡Protesto! —exclamó con voz airada, mirando hacia el juez, honorable Samuel B. Barclay—. Protesto de la calificación que el fiscal emplea al tratar a mi cliente. Señoría, aunque mi defendida esté acusada de la muerte de Hugh Keeler, aún no está completa y rigurosamente probada su culpabilidad, por lo que es improcedente emplear, al referirse a ella, la palabra homicida.

—Se acepta la protesta —dijo el juez—. El fiscal usará la palabra acusada, que es un término más exacto.

—Entendido, Señoría —dijo Polk, arrojando una envenenada mirada hacia el defensor—. Continuando, pues, con mis argumentaciones, con la primera de ellas, mejor dicho, repetiré que, en el momento de la muerte del señor Keeler, sólo estaban él y la acusada en la biblioteca. La señorita DeWitt había ido a verle, según manifestaciones propias, corroboradas posteriormente por el mayordomo de la víctima, a las doce de la noche. El mayordomo ha afirmado, bajo juramento, y lo repetirá cuando se le llame a declarar, que después de la señorita DeWitt, ninguna otra persona entró en el 418 de la Avenida Pershing.

»Segundo argumento: el revólver con el cual se disparó contra Keeler es propiedad de la acusada, la cual, desde luego, tiene permiso para usarlo, expedido por la Jefatura de Policía de la ciudad. Dicho revólver fue adquirido en la armería de Anthony Murphy y la venta consta en los libros de dicho comerciante.

»Tercero: una prueba mucho más contundente, mucho más eficaz todavía que las huellas dactilares de la acusada, fuera de las cuales *no había* ninguna otra en el arma homicida, cosa que descarta por completo su utilización por persona distinta a la mencionada, es la prueba de la parafina.

Polk se volvió hacia el estrado de los jurados.

—Como ustedes están ya enterados, la prueba de la parafina consiste en embadurnar las manos de la persona sospechosa de haber disparado un arma de fuego con una ligera capa de dicha substancia. En el momento de efectuarse un disparo, la pólvora no se consume totalmente, sino que microscópicas partículas de la

misma quedan adheridas a la epidermis de la mano con que se ha hecho el disparo. Esas partículas, por una reacción química que no es necesario relatar aquí, aparecen en forma de manchitas oscuras al ser aplicada la parafina sobre la piel, lo cual demuestra, sin ningún género de dudas, que dicha mano ha efectuado un disparo con arma de fuego. La prueba de la parafina resultó positiva en el caso de la señorita DeWitt.

Las últimas palabras causaron verdadera sensación en la sala, y numerosos murmullos rompieron el silencio que había caído sobre el lugar después de que Polk hiciera alto en su disertación. El juez acalló los ruidos con un par de enérgicos martillazos, y el orden se restableció.

—Éstas son, además de otras que irán saliendo en el curso de mi informe acusatorio, las principales pruebas que acusan a la mujer que se sienta en el banquillo destinado a quienes han quebrantado las leyes. Pero, además, hay algo: todo crimen, todo homicidio, premeditado o no, tiene un motivo. Nadie asesina por el mero placer de hacerlo. Y la acusada tenía un motivo para matar a Keeler.

»La señorita DeWitt y Hugh Keeler eran, como todo el mundo sabe, prometidos. No habían hecho ningún secreto de sus relaciones que parecían ir a desembocar en un próximo matrimonio. Pero últimamente, tales relaciones —y esto sí que era desconocido para casi todos—, se habían agriado enormemente. Todavía no se había hecho público tal estado de cosas, pero que Hugh Keeler y Lorelei DeWitt estaban a punto de romper es absolutamente cierto. ¿Por qué? ¿Qué causa había originado tal empeoramiento de unas relaciones amorosas que hasta el momento del violento deceso de la víctima se habían tomado como modelo? Esto es algo que...

El informe del fiscal fue largo y en sus últimos momentos se hizo hasta tedioso y aburrido. El juez consideró oportuno, dada la longitud del informe, suspender la vista hasta el día siguiente, en que se reanudaría con el informe del defensor, después de lo cual se pasaría a la aportación de pruebas suplementarias en favor y en contra de la acusada.

Confundido entre el tumulto del público, el cual salía haciendo comentarios para todos los gustos, un hombre abandonó la Sala de Justicia.

Douglas Pentecost era alto, fornido, de unos treinta años de edad y poseedor de unos ojos claros y un cabello rubio y corto, además de un título de abogado, muy poco utilizado hasta entonces.

Muy pensativo, Douglas se detuvo en el amplio corredor y encendió un cigarrillo, en tanto que sus pupilas miraban a lo lejos sin ver nada. Su cerebro funcionaba activamente, en tanto que rememoraba todas y cada una de las frases del proceso, del cual no se había perdido ni una sola de sus sesiones.

Así permaneció unos minutos, hasta que, de pronto, saliendo de su inmovilidad, arrojó el cigarrillo a un lado y se encaminó hacia el final del corredor, en el cual se divisaba la puerta de acceso al ascensor.

El artefacto le llevó a uno de los últimos pisos del edificio en el cual estaban instalados todos los servicios de la administración de Justicia de Melton. Salió fuera y se dirigió hacia una puerta enverjada, al otro lado de la cual estaba, sentado ante una mesa, un agente uniformado.

El policía miró a Douglas inquisitivamente.

—Quiero ver a la señorita DeWitt —manifestó el joven.

—¿Es usted pariente o familiar de ella? —preguntó el agente.

Douglas meneó la cabeza.

—Abogado solamente.

—Ella ya tiene defensor —objetó el policía.

—Lo sé. Pero deseo verla. Antiguamente éramos amigos.

El guardia asintió. Escribió algo sobre un papel, y se lo tendió al joven a través de la reja.

—Firme aquí —dijo, señalándole el final del documento, al mismo tiempo que le alargaba un lápiz.

Douglas obedeció, haciéndose responsable de que no llevaba encima ningún objeto prohibido —bebidas, narcóticos, armas blancas o de fuego, etc.—, y luego devolvió el papel al guardia. Éste lo archivó, y dijo:

—Siga adelante por el corredor, señor Pentecost.

Douglas giró hacia su izquierda, enfrentándose a los pocos metros con otra puerta enverjada, que se abrió silenciosamente mediante un control remoto manejado por el guardia de servicio. Franqueó el umbral, y otro agente le guió hasta el locutorio, situado dos rejas más adelante.

La habitación era de reducidas dimensiones, y en su centro había una mesa que la dividía en dos. La mesa tenía en su centro una pequeña rejilla que corría a todo lo largo y cuya altura era de unos treinta centímetros.

Douglas no tuvo que esperar mucho. Apenas un minuto más tarde, una puerta, situada en el ángulo opuesto de la estancia, se abrió, y Lorelei DeWitt apareció por ella.

Lorelei era esbelta y su piel, habitualmente blanca, lo parecía mucho más, tanto por el contraste existente entre sus negríssimos cabellos como por la palidez infundida en ella por los días de encierro y las naturales incomodidades y molestias de un tan ruidoso proceso. Pero no necesitaba de carmín alguno para avivar el rojo tono de sus labios, aunque Douglas vio que las pupilas intensamente verdes de la muchacha habían perdido buena parte de su resplandeciente fulgor.

Una débil sonrisa distendió los labios de Lorelei.

—¡Hola, Patito Feo! —saludó.

—Hola, Lorelei —contestó el joven—. No puedo decir que me alegro de verte en este lugar. Por favor, siéntate.

—Gracias, Doug. Eres el único que ha venido a verme.

—¿Y tus amigos, dónde están?

Ella hizo un gesto de amargura.

—¿Qué amigos puede tener una condenada a muerte, Doug?

—¡Todavía no lo estás, Lorelei! —protestó él, con viveza.

—¿Es que no lees los periódicos? —replicó la muchacha.

—Los leo. Y además, no me he perdido ninguna de las sesiones del proceso. He asistido puntualmente a todas ellas.

Una suave sonrisa apareció en los labios de la joven.

—Eres un hombre de suerte, indudablemente, Doug. Muchos no pueden decir lo mismo que tú. Si se cobrara la entrada a la Sala de Justicia, la ciudad se haría rica.

—Es cierto —admitió él, con pesadumbre—. El caso ha despertado una inaudita expectación.

—Lógicamente —replicó Lorelei, sin pestañear—. No todos los días se tiene la suerte de que una rica heredera asesine a su prometido, ¿verdad? «Bella joven de la alta sociedad, rica y mimada por la fortuna, autora de un crimen sensacional»... Dejémonos de chanzas —dijo ella, de repente, cambiando de tono—. ¿Por qué has

venido a verme?

Douglas la miró fijamente durante unos segundos.

—Para ayudarte, Lorelei —declaró al cabo.

Ella rió nerviosamente.

—No lo comprendo, Doug. Tú apenas si eras mi amigo. Es cierto que estudiamos juntos en la universidad, pero no pertenecías a nuestro círculo. Mejor dicho, sí pertenecías, pero te alejaste voluntariamente de él. Éramos una alegre pandilla de chicos y chicas...

—... Todos hijos de gente afortunada, y entre los cuales desentonaba yo como una palada de basura en un montón de nieve —dijo Douglas, sin pestañear.

—Y nosotros nos reíamos de ti —continuó ella—. Eras alto y desgarbado, vacilabas al hablar, y por si fuera poco, en el campeonato de pesos medios de la universidad, Artie Korshaw te torció la nariz. Por eso te llamábamos Patito Feo.

—Por todo ello y por ser pobre, además —repuso Douglas, imperturbable—. Y yo te quería y tú te burlaste de mí.

—Sin piedad de ninguna clase, es cierto —contestó ella, en el mismo tono—. ¿Cómo podía enamorarme de ti en tus condiciones?

—El tonto fui yo al abrigar alguna esperanza. Demasiado tarde lo comprendí, cuando tú reías como una loca al escuchar mis palabras.

—Y entonces fue cuando nos dejaste a todos. El Patito Feo no podía continuar con sus congéneres más hermosos, y, todo hay que decirlo, más afortunados, pero también peores estudiantes. El Patito Feo fue el único que acabó la carrera con brillantes notas.

—Que después no ha servido para evitarme el hambre, Lorelei. Toda la brillantez de mis estudios no ha sido más que simple purpurina, debajo de la cual sólo había hoja de lata oxidada y carcomida por el orín.

Después de aquellas palabras hubo un tenso silencio en la estancia, durante el cual los dos jóvenes se miraron fijamente a la cara. En un ángulo de la estancia, una robusta matrona de la Policía leía indiferentemente una revista de cine.

—Acabemos de una vez, Doug —dijo ella, impulsivamente—. ¿A qué has venido aquí? ¿A gozar con mi situación? ¿A tomarte el desquite de lo que te hice? Ésta es una magnífica ocasión para tu

desquite. Serás pobre, pero en este momento, el Patito Feo se ha convertido en un gallardo cisne. De una vez, Doug, ¿qué es lo que quieres de mí?

El joven miró profundamente a los ojos de la presa. Después, dijo:

—Ayudarte, Lorelei. Con todas mis fuerzas.

Ella emitió una risita nerviosa, casi histérica.

—¿Ayudarme? ¿Para qué? ¿De qué me va a servir tu ayuda? ¿No has oído el discurso de Polk? No tengo salvación. Todas las pruebas están en contra mía.

—Yo opino todo lo contrario, Lorelei —dijo él, sin inmutarse.

—¡Estás loco, Doug!

—A menos que tú misma te declares la autora de la muerte de Keeler, y hasta ahora lo has negado rotundamente, soy de la opinión que eres inocente.

—Incluso mi defensor, Graham, no lo cree así. Él piensa también que yo maté a mi prometido y como ve que no tengo escapatoria, va a emplear el argumento de un trastorno mental transitorio, causado por los celos. Esto me salvará de la cámara de gas, pero me dejaría encerrada entre cuatro paredes durante el resto de mis días.

—No te matarán ni te encerrarán, Lorelei. Tú eres inocente.

La firmeza de las palabras de Douglas impresionó a la acusada. Por primera vez en el curso de la entrevista, se humedecieron sus ojos.

—¡Doug! ¿De veras lo crees tú así? —dijo con voz estrangulada por la emoción.

El joven asintió con lento movimiento de cabeza.

—Sí.

—¿Por qué? ¿En qué te fundas para sostener tal creencia? —preguntó la muchacha, vehementemente.

—Hay algunos puntos oscuros en el informe del fiscal —dijo él, con pausado acento—. Por ejemplo, la hoja de agenda que se encontró entre los dedos engarfiados de Keeler, y en la cual constaba tu nombre seguido del día y la hora de vuestra cita, más o menos con escasos minutos de diferencia, el momento en que fue asesinado.

—¿Ésta es una prueba más en contra mía, Doug!

—Aparentemente, sí —repuso él—. Pero Polk no ha hecho el

menor hincapié en una cosa. Era una hoja arrancada violentamente de una agenda. *¿Dónde está esa agenda?*

Hubo una tensa pausa de silencio después de la última pregunta, durante la cual Douglas pudo apreciar la súbita emoción que se había apoderado del ánimo de la muchacha. El esbelto seno de Lorelei subió y bajó rápidamente, distendiendo la burda tela de su carcelario uniforme con su agitada respiración.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¡Es verdad! Debía haber una agenda. ¡Pero no ha sido hallada!

—Eso es lo que yo digo. ¿Dónde está? ¿Quién se la arrebató al muerto?

—¡El asesino, Doug! —gritó la muchacha, excitadísima.

—¿Cómo dices? En tus declaraciones no figura para nada ese detalle, Lorelei. ¿Cómo ocurrió? ¡Explícamelo, por favor!

La muchacha apoyó los codos sobre la mesa y puso la cabeza entre las manos. Durante unos momentos Douglas respetó aquella actitud.

Al cabo de un par de minutos, Lorelei levantó la cabeza.

—Ahora lo recuerdo, Doug —dijo—. Hasta este momento no había prestado la menor atención a ese detalle, aturdida por todo cuanto me sucedió y me está sucediendo. Estábamos discutiendo Hugh y yo. Gritábamos mucho, de modo que supongo que Piero, el mayordomo de Hugh, debió de oír nuestros gritos, lo cual es otra prueba en contra mía. De pronto, se abrió la puerta y entró un hombre. Tenía una pistola en la mano.

—Y llevaba guantes, ¿verdad?

—Sí. Avanzó un par de pasos, interrumpiendo nuestra discusión. Hugh se volvió hacia él. «¿Qué hace usted aquí?», le pregunté, y en aquel momento, salió el tiro. Hugh se desplomó fulminado, en tanto que yo retrocedía un par de pasos. El asesino se me acercó y me puso la pistola en las manos. Estaba aterrada, no acertaba a resistirme. Se escapó otro disparo, no sé dónde fue a dar la bala. Entonces, el asesino me soltó y yo tiré la pistola sobre la mesa. Después él se inclinó sobre Hugh. Fue solo un segundo. Enseguida escapó y echó a correr. Luego, entró Piero y... lo demás, ya lo sabes tú, Doug.

El joven asintió pensativamente.

—Sí, lo sé. Ahora dime: cuando estabais discutiendo, ¿tenía

Hugh la agenda entre las manos?

—Sí. Acababa de sacarla. Dijo que tenía que hacer una llamada..., pero no tuvo tiempo.

Douglas meneó la cabeza.

—El mayordomo ha declarado que sólo oyó un disparo. Tú dices que fueron dos. Uno que hizo el asesino y otro que hiciste tú. Pero en el cuerpo de Keeler sólo había una bala.

—No sé, Doug, compréndelo. Estaba aterrada, espantada. En aquellos momentos creí que me iba a matar a mí también. Nunca me había visto en un trance semejante, y había perdido por completo el control de mis nervios. Además, la Policía vino a los pocos minutos, de modo que no me dio tiempo a coordinar mis pensamientos. ¡Oh, era horrible ver allí a Hugh, a mis pies, lleno de sangre, cuando sólo unos momentos antes había estado lleno de vida!

—¿Por qué discutíais? ¿Qué motivos os habían impulsado a romper vuestro compromiso?

La palidez del rostro de Lorelei aumentó más todavía.

—Había otra mujer.

—¿Quién es? ¿La conoces tú?

—Se llama Hilda Thomas.

—¡Hilda Thomas! —exclamó él, con sorpresa—. ¡La cantante del Bavarian!

—Justamente.

Los labios del joven se apretaron.

—Sería muy interesante conocer la opinión de la tal Hilda. Por lo que sé, no ha sido citada a declarar hasta ahora. ¿Por qué no lo dijiste tú?

Ella encogió los hombros.

—¿Para qué? ¿Puede tener esto alguna importancia en el curso del proceso?

—¡Ya lo creo! Y más de lo que tú misma te crees, Lorelei. La agenda, la declaración de Piero y las que pueda hacer Hilda Thomas pueden ser las bases sobre las cuales puedo demostrar tu inocencia... siempre que tú me permitas efectuar las necesarias gestiones para ello.

—¿Por qué no iba a permitírtelo? Únicamente... Graham, mi defensor, podría oponer algún inconveniente.

—No es necesario que se lo digas. Déjale que siga con su defensa en la forma que hasta ahora lo viene haciendo. Hay que tener en cuenta que es uno de los mejores abogados de la ciudad, y podría molestarle que un intruso, un desconocido, un sin nombre como yo, viniera a entrometerse en sus asuntos. Él posee influencias y yo no. Podría, incluso, hacer que me detuvieran o retirarme la licencia para ejercer. Será mejor que no molestemos —concluyó Douglas.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer ahora? —preguntó ella, súbitamente esperanzada.

—Muchas cosas. Ver a Piero, ver a Hilda Thomas y, sobre todo, buscar la agenda. Ahí es donde, a mi entender, radica toda la clave del asunto. Si consiguiera dar con ella, estoy seguro de que podría demostrar tu inocencia sin ningún género de duda.

—Pueden haberla destruido.

—No. El asesino sabía lo que se hacía y lo que buscaba. Un documento así no se destruye, sino que se guarda para hacer uso de él en determinados momentos.

—Pero ¿quién puede ser ese hombre? —dijo ella, retorciéndose las manos, angustiada.

—Si lo supiéramos, no estarías ahí, Lorelei.

—Oh, Dios mío —murmuró ella—. Quisiera poder creerte, Doug... pero todo, todo está en contra mía.

—Pronto estará a tu favor. Lo único que te pido es que tengas fe en mí... si es que sigues considerándome aún como el Patito Feo —terminó él con ancha sonrisa.

Ella sonrió también, a través de las lágrimas que enturbiaban sus pupilas.

—Así lo haré, Doug. Y... y aunque no consiguieras nada, nada, tampoco podrá borrar el hecho de que de todas mis amistades, tú has sido el único —el que menos motivos tenía para ello— que ha venido a verme, a ayudarme y, sobre todo, lo que es más importante, a consolarme. Ocurra lo que ocurra, Doug, siempre recordaré esto con infinito agradecimiento.

Douglas pasó las manos por encima de la rejilla, tomando las de la muchacha. Estaban frías, sin vida.

—Ten fe —repitió—. Y ahora, permíteme. He de irme y comenzar mis pesquisas. Ah, una advertencia. He venido a verte como amigo, ¿me entiendes?

Ella parpadeó en señal de asentimiento.

—No diré nada, descuida.

—Será mejor para los dos.

Douglas se puso en pie.

—No sé cuándo vendré a verte. Pero lo haré en cuanto pueda. Y ahora, ¡hasta la vista, Lorelei!

—¡Hasta la vista! —sonrió ella.

Douglas permaneció de pie mientras Lorelei se alejaba. Al llegar la muchacha a la puerta, se volvió un instante y le sonrió. Douglas levantó la mano y la agitó.

Un segundo más tarde, la férrea puerta se había cerrado tras la acusada.

CAPÍTULO II

Acodado en la barra de una cafetería, Douglas Pentecost tenía frente a sí una copa llena de un licor que apenas si había probado. Al lado había un cenicero, en el que se veían media docena de colillas, procedentes de otros tantos cigarrillos consumidos en la hora escasa que el joven llevaba en aquel lugar, pensando de modo concentrado en todos los detalles inherentes al caso en que iba a intervenir.

¿Por qué lo hacía?, era una de las primeras preguntas que se había formulado. Hacía ya seis o siete años que se graduara en la universidad y en todo este tiempo no había visto a Lorelei ni había sabido más de ella que a través de las columnas sociales de la prensa. Pero también era cierto que en todo aquel lapso había pensado en la muchacha con más frecuencia de la deseada, si bien tales recuerdos habían estado impregnados de una amarga melancolía. Se había atrevido a pretenderla y la respuesta había sido una serie de irónicas carcajadas, llenas de un acerbo sarcasmo. Después, él se había encerrado en la concha de su amargura, aunque sin resentimiento, y ya no había vuelto a tener la menor relación con Lorelei, hasta noventa minutos antes.

El impulso de ayudarla había sido súbito e irreprimible. Asistiendo con regularidad a todas las sesiones del proceso, se había dado cuenta de que había algunos fallos en la incoación del mismo, fallos que, debidamente aprovechados, podían ser de gran utilidad para Lorelei. Si se habían producido dos disparos, ¿por qué Piero, el mayordomo del muerto, había declarado que sólo había oído una detonación?

¿Por qué Piero sostenía, contra viento y marea, que después de Lorelei no había entrado nadie en la casa? ¿Por qué no se buscaba la agenda arrebatada al muerto? ¿Por qué no se citaba a declarar a Hilda Thomas? Éstas y otras preguntas martilleaban de continuo el

cerebro del joven, sin que, de momento, pudiera hallar la menor respuesta a las mismas.

Una mano, apoyándose con fuerza en su hombro izquierdo, le sacó de su mental soliloquio. Se volvió, sobresaltado.

Un rostro cuadrado, enérgico, de duras líneas, como talladas en granito, le miraba con una leve sonrisa.

—¡Hola, Pentecost!

Douglas le reconoció al instante. Era el teniente Mac Laine.

—¡Hola, teniente! —dijo.

—Tengo que hablar con usted, Pentecost. ¿Le importaría que nos fuéramos a una mesa del fondo?

El joven se puso en guardia instantáneamente. Una sombra de recelo cruzó ante sus ojos.

—No tenga miedo, Pentecost —dijo el policía—. No pienso causarle ningún perjuicio. Por el contrario... Pero véngase conmigo, por favor.

Douglas accedió y bajó del taburete, siguiendo a Mac Laine, el cual se encaminó a una mesa situada en el fondo.

Los dos hombres se situaron frente a frente y un camarero trajo bebidas. Mac Laine levantó su vaso.

—¡Salud!

—¡Salud! —murmuró el joven, humedeciéndose los labios con el brebaje. Depositó nuevamente el vaso sobre la mesa y miró especulativamente a su interlocutor.

—Sé —empezó diciendo el teniente— que ha estado a ver a Lorelei DeWitt.

—Es cierto. No tengo por qué negarlo. Fuimos amigos... en la universidad, y se me ocurrió que podría llevarle un poco de aliento.

—Una cosa muy de agradecer, sobre todo en tan difíciles circunstancias. Pero —los párpados de Mac Laine se entrecerraron—, usted fue a algo más que a consolarla, Pentecost.

Douglas se puso en guardia. Todo su cuerpo se envaró.

Mac Laine volvió a sonreír. Meneó la cabeza.

—Le he dicho, Pentecost, que no tiene nada que temer de mí. Por el contrario, lo que quiero es ayudarle.

—¡Cómo! ¿Qué está diciendo, Mac Laine?

—Lo que oye, Pentecost —dijo el policía, muy serio—. Usted quiere ayudar a la chica, y yo quiero ayudarle a usted. Eso es todo.

—¿Y por qué no lo hace usted por su cuenta?

—Quisiera hacerlo, pero no puedo.

—Será mejor que se explique de una vez, Mac Laine —dijo Douglas con el ceño fruncido.

El teniente sacó cigarrillos. Los encendieron y después de las primeras chupadas, aquél prosiguió:

—Verá, Pentecost. Yo, como usted seguramente, encuentro algunos puntos oscuros en este asunto. Opino que, pese a todas las apariencias, ella no es la asesina o, si lo es, debió de tener motivos muy poderosos para hacer lo que hizo, los cuales servirían, sin duda, para aliviar el veredicto del jurado.

—¿Y bien?

—He tratado —continuó Mac Laine— de investigar sobre éstos que yo estimo puntos oscuros, pero me lo han impedido.

—¿Quién? —preguntó el joven vehementemente.

—Polk, el fiscal.

—¿Por qué?

—En su opinión, el caso está suficientemente claro.

—¡Pero eso es absurdo!

—Póngase usted en el pellejo del fiscal. Tiene ambiciones políticas y ¿qué mejor trampolín para sus deseos que lograr la condena de Lorelei DeWitt? La muchacha es inmensamente rica. Si saliera no ya absuelta, sino simplemente condenada a una pena inferior a la de muerte, todo el mundo lo echaría al dinero y a las influencias que éste puede proporcionarle. ¿Me comprende usted ahora?

—Perfectamente. Siga, por favor.

—Yo tengo prohibido intervenir más en el caso. Pero usted, simple particular, puede hacerlo por su cuenta y riesgo. Y mi ayuda le serviría de mucho, Pentecost. Podría proporcionarle informes, cerrar los ojos a alguna acción extralegal que usted cometiera... Bien, creo que ya me he explicado bastante, ¿no?

—Todavía no —adujo el joven—. ¿Por qué quiere ayudarme? Todo esto que yo voy a hacer, pudo haberlo hecho usted antes de entregar el caso al fiscal. Demasiado sabe que hay puntos oscuros que no han sido aclarados, y que debidamente resueltos, podrían no ya aliviar la pena a imponer, sino incluso conseguir su absolución.

—Ya le dije antes las causas. Polk lo dio por terminado antes de

tiempo. Quiere cubrirse de gloria con la condena de la señorita DeWitt. En noviembre serán las elecciones y...

—¡Y para conseguir sus ambiciones, no vacila en enviar a la cámara de gas a una persona inocente! —exclamó Douglas horrorizado.

—La política es así —repuso el policía fríamente—. No tiene entrañas, y menos en el caso de la señorita DeWitt. Ya le dije que es rica. Un quídam cualquiera tendría muchas más probabilidades que ella, puesto que, entonces, la muerte de Keeler no habría levantado tanta polvareda. Pero en este caso presente, sí, y Polk lo sabe. Naturalmente, trata de aprovecharse de la substanciosa publicidad que el caso va a proporcionarle.

—Pues a poco que pueda —dijo el joven, rechinando los dientes—, yo haré que esa publicidad le sea adversa. Veamos, Mac Laine, ¿qué es lo que tiene usted que decirme?

Una hora más tarde, los dos hombres se habían separado, después de un amplio intercambio de impresiones, de las cuales había obtenido Douglas muy provechosas enseñanzas.

El joven se sintió mucho mejor después de la conversación con el policía. Sabía que, en cierto modo, tenía las espaldas cubiertas, y esto le concedía cierto margen de independencia en las investigaciones que pensaba realizar.

De la cafetería se dirigió en derechura al Bavarian. Era pronto todavía y tuvo que tascar el freno, consumiendo un par de *whiskies* más, hasta que a la hora anunciada salió Hilda Thomas a cantar.

Hilda era muy esbelta y perturbadoramente curvilínea, hecho que todavía quedaba más resaltado con el estallante traje negro que vestía, el cual hacía un enorme contraste con su platinada cabellera. Realmente era una mujer atractiva, y Douglas llegó a comprender que Keeler hubiera perdido la cabeza por ella.

Cuando advirtió que Hilda estaba punto de terminar su número, se levantó de la mesa, en la cual dejó previamente unos billetes, y se deslizó hacia los camerinos. Buscó en todas las puertas, hasta hallar el nombre de la cantante, y, una vez conseguido su objetivo, abrió la puerta.

Cerró y se sentó en una silla, situada en el lado opuesto. No tuvo que esperar mucho.

Hilda Thomas penetró como una tromba, deteniéndose en seco

al verle allí.

Frunció el ceño.

—¿Quién es usted? ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí, amigo?

Douglas contestó con una amplia sonrisa.

—Nadie, es cierto, señorita Thomas. Pero deseaba...

—¡Pues entonces —contestó ella ásperamente, con una chillona voz que contrastaba enormemente con el tono dulzón e insinuante que empleaba para cantar— lárguese de aquí, hermano!

Douglas se puso en pie.

—Antes quiero hablar con usted, preciosidad. Sólo unos minutos. Le prometo dejarla enseguida.

Hilda le miró iracunda. Después, dando media vuelta, se metió tras el biombo y empezó a quitarse el vestido.

—Lo que sea, pronto, hermano. ¿De qué se trata?

—De Hugh Keeler.

Hilda interrumpió su labor y asomó la cabeza y los hombros desnudos por encima del biombo. Sus ojos llameaban.

—No tengo nada que hablar de un muerto.

—Yo creo que sí, señorita Thomas —siguió el joven, imperturbable—. ¿Cuáles eran las relaciones que les unían a los dos?

—Le he dicho que no quiero hablar del asunto.

—¿De veras que no? Éste es un tema que no se ha tocado en el proceso seguido contra Lorelei DeWitt. ¿Qué le parecería si la Policía viniera a hacérselo en otro tono, preciosa?

—Les diría lo mismo que a usted, señor entrometido. Por cierto, que aún no me ha dicho su nombre.

—Me llamo Douglas Pentecost, pero no creo que esto le diga nada. Es la primera vez que usted y yo nos vemos.

—Y la última también. Alcánceme ese vestido que está sobre aquella silla.

Douglas tomó la prenda y se acercó al biombo.

Con el traje en las manos, se quedó mirando a la cantante, que le correspondió en igual forma.

—Lorelei y Keeler eran prometidos. Pero en el último momento, usted se metió por medio.

—¿Y qué? ¿Acaso soy un esperpento?

—Oh, no. Incluso la encuentro más bella que a Lorelei. Pero...

—Entonces, con eso está dicho todo. ¡Deme el vestido de una vez!

Douglas miró la tela.

—El rojo es demasiado explosivo, ¿no cree?

—El azul no me sienta bien —replicó ella con desparpajo, arrebatándole la prenda.

Douglas se retiró un paso y prendió fuego a un cigarrillo. Unos segundos más tarde, Hilda salió y giró, dándole la espalda.

—¿Quiere hacer el favor de subirme el cierre relámpago, Pentecost?

—Con mucho gusto. Siempre es un placer admirar una espalda tan perfecta como la suya, señorita Thomas.

—Gracias —dijo ella secamente, volviéndose de frente—. Y ahora...

Los dedos de la rubia chasquearon de forma significativa, al mismo tiempo que su mano se tendía hacia la puerta.

—¡Un momento! —dijo Douglas—. Aún no he terminado. ¿Pensaban ustedes casarse después de que Keeler hubiera roto con Lorelei?

—¿Quién habla ahora de matrimonio? Nadie dijo que Lorelei y Hugh pensarán romper sus relaciones.

Douglas frunció el ceño.

—Entonces, lo que pensaban hacer era mucho peor, Hilda —dijo, llamándola por su nombre por vez primera.

—Eso era cuenta nuestra —replicó ella secamente—. ¿Se va o tendré que llamar a los que cuidan del orden en el local? Son fuertes y hábiles en el manejo de tipos pelmas como usted, Pentecost.

—Me iré, pero antes le haré una última pregunta. ¿Qué me dice usted de la agenda que Hugh Keeler llevaba siempre consigo?

—Muchos hombres llevan encima una agenda. ¿Tiene ello algo de particular?

—Sí, porque esa agenda ha desaparecido. ¿Sabe usted quién la tiene?



—¿Dónde está esa agenda?

—¿No se la encontraron al cadáver?

—No. De lo contrario, ¿cree que le estaría preguntando por ella?

—Pues no sé nada, ni nunca vi que Hugh llevara una agenda encima. Lo único que sé es que ésa... mato al único hombre a quien yo quería.

—Él no debía quererla mucho cuando no pensaba casarse con usted.

Los ojos de Hilda brillaron.

—¡Eso era cuenta nuestra, Pentecost! Y le aconsejo que no vuelva a hablarme más del asunto. Mataron a Hugh. ¡Ojalá la llenen a ella de gas! —exclamó con concentrados acentos de odio.

—Esa contingencia es una cosa que no creo llegue a producirse. Antes de pocos días, se habrán sabido nuevos detalles sobre el caso... y usted tendrá que hablar y decir mucho más de lo que ha dicho ahora.

Una burlona sonrisa apareció en los labios de Hilda. Ésta se fue hacia el tocador, inclinándose sobre el mismo y empezando a retocarse el rostro.

Miró al joven a través del espejo.

—¿Qué es Lorelei para usted, Pentecost? —preguntó burlonamente.

—Simplemente, una amiga.

—¿Nada más?

—¿No es suficiente?

Hilda arrojó el tubo labial sobre el tocador y se volvió.

—Escuche —dijo con tono acerado—: esa «tipa» mató al hombre que yo quería. No sé nada en su favor, pero aunque lo supiera, tampoco lo diría, ¿me ha entendido? Y ahora, lárguese o quédese; yo me voy al escenario.

—Me marchó también, Hilda. Pero por su propio bien le aconsejo me diga todo cuanto sabe acerca de la agenda de Keeler.

—Me aburre, Pentecost. ¡Muérase! —dijo la cantante, y con tan original saludo, se despidió del joven, el cual, después de unos breves momentos de reflexión, salió del camerino.

En la puerta del Bavarian tomó un taxi, que le depositó en la entrada de la Avenida Pershing. Por Mac Laine sabía que el mayordomo del muerto continuaba viviendo en la casa y al cuidado de la misma en tanto se efectuaban los imprescindibles trámites legales.

Pagó la carrera y se apeó del vehículo. Caminó a pie por la acera hasta llegar a las inmediaciones del número 418.

La Avenida Pershing estaba compuesta, en su mayor parte, por edificios de tipo residencial, todos ellos rodeados de un jardín más o

menos amplio, y separados unos de otros por las correspondientes tapias. Era un barrio tranquilo y, especialmente en las horas nocturnas, de escasa o nula circulación.

Se detuvo, inspeccionando el terrero desde un punto situado entre dos farolas, a fin de hacerse menos visible. Al fin, creyendo haber dado con la solución, caminó unos cuantos pasos más hasta llegar a la tapia de la mansión de Keeler.

Ésta mediría unos dos metros de alto, y su objeto era más bien de separación y señalización de límites que de una real protección del edificio. Al joven no le resultó, pues, muy difícil alargar los brazos y, asiéndose con ambas manos a la barda, izarse a pulso primero y saltar al otro lado después, aprovechando un momento en que no se veía a nadie por la avenida.

Deliberadamente no había querido entrar en la casa por modos ordinarios. Dada la hora que era, resultaba casi seguro que el mayordomo estuviese durmiendo y quería efectuar una investigación antes de despertarlo y hablar con él.

Cayó blandamente sobre el césped del jardín y durante unos segundos permaneció acucillado observando el terreno. No se veía la menor luz en el edificio, en vista de lo cual siguió su avance.

Mac Laine le había trazado un croquis de la casa, que le sirvió para encaminarse en derecha hacia el objetivo trazado. Un minuto más tarde se hallaba al pie de una de las ventanas de la biblioteca, situada en la parte opuesta a aquélla por la cual él había entrado.

Levantó suavemente el bastidor, sin causar el menor ruido. Pasó una pierna sobre el antepecho y se coló en la estancia.

Un rayo de luna alumbró sus pasos. Habitadas sus pupilas a la oscuridad, pronto distinguió los obstáculos y los sorteó con habilidad, hasta situarse muy cerca del lugar donde había caído Keeler.

Lamentó no haberse traído una linterna eléctrica, que en los momentos actuales le hubiera sido de gran utilidad. Pero, después de pensarlo un poco, fue hacia las ventanas, corriendo las cortinas.

Volvió al mismo sitio, y sacó el encendedor automático. Se arrodilló, dejando el aparatito en el suelo.

Por lo que le había dicho el policía, sabía que no habían tocado apenas ningún mueble de la estancia, de modo que todo estaba

igual. La débil llamita iluminó el suelo en un círculo de corto radio.

A su luz estudió el suelo, que era de madera lustrosa y reluciente, que en algunos sitios había perdido parcialmente su céreo brillo: en donde se había vertido la sangre del muerto, que después había sido fregado y restaurado apresuradamente.

Sus primeras investigaciones resultaron un fracaso; no advirtió nada de particular, por lo cual se vio constreñido a apagar el mechero. Se incorporó, meditando intensamente, con el ceño fruncido.

Una súbita idea brilló repentinamente en su cerebro. Se agachó nuevamente, y a la luz del encendedor, examinó la alfombra situada bajo la mesa que había en el centro de la biblioteca.

En los primeros momentos no vio nada de particular. Pero, después de un examen más atento, notó una pequeña solución de continuidad en el espeso tejido.

Levantó la alfombra y contuvo un ¡ah! de satisfacción. Había allí, tal como lo había supuesto, un redondo orificio en la madera, con pequenísimas astillas en sus bordes, y que no podía obedecer a otra cosa que al impacto del segundo disparo.

Para comprobarlo, apagó el mechero y sacó una navajita del bolsillo. Abrió la hoja y a tientas la introdujo en el orificio.

Pronto tocó algo duro y resistente que no podía ser el yeso del pavimento de debajo del maderamen. Durante unos segundos vaciló, pensando si debía extraer el proyectil o dejarlo allí para que lo hiciera el personal competente, con objeto de asegurar una prueba en favor de Lorelei.

Entonces fue cuando sus dudas se resolvieron de una manera por completo inesperada.

La luz de la biblioteca se encendió bruscamente, al mismo tiempo que una voz áspera le increpaba:

—¿Qué hace usted ahí?

CAPÍTULO III

Douglas parpadeó hasta acostumbrar sus ojos a la brillante iluminación de la sala. Lentamente se puso en pie y examinó atentamente al hombre que tenía enfrente a sí.

Era un individuo alto y delgado, de penetrantes ojos negros, envuelto en un batín casero y en cuya mano se veía una amenazadora pistola automática. El joven no tuvo la menor dificultad en identificarlo como el mayordomo de Keeler.

—¿Qué hace usted? —repitió Piero.

Douglas se rehízo.

—Usted es Piero, ¿verdad?

—No tengo por qué contestarle, señor mío. ¿A qué ha venido aquí? Si es a robar, le diré que no hay nada de valor en la casa.

—No pretendo robar nada, sino averiguar ciertas cosas en relación con el crimen que se cometió en esta misma habitación —respondió el joven—. Por ejemplo, ¿qué es lo que oyó usted la noche en que el señor Keeler fue asesinado?

—¿Es usted de la Policía? —Repreguntó el mayordomo, con una sombra de temor en sus ojos.

—No, pero es lo mismo. Conteste, Piero.

Éste se irguió.

—Entonces —dijo—, tendré que llamar a la comisaría más cercana y denunciarle por allanamiento de morada. No se mueva o me veré en la precisión de disparar.

—No hará usted ni lo uno ni lo otro —contestó Douglas tranquilamente—. Alguien con más autoridad que yo le formularía la pregunta que acabo de hacerle, Piero, y usted lo sabe. ¡Conteste!

—No tengo por qué decirle nada. Salga de aquí, váyase inmediatamente de la casa, y olvidaré que la allanó.

Douglas meneó la cabeza.

—Eso no me parece nada bien, Piero. Usted oyó la discusión

habida entre el señor Keeler y la señorita DeWitt. Se referían a una tal Hilda Thomas, ¿verdad?

Piero acusó el impacto.

—Y aunque así fuera, ¿qué puede importarle a usted?

—Declaró que no había en la casa nadie, aparte de usted y ellos dos. Pero una persona se introdujo subrepticamente, muy posiblemente con su complicidad, Piero, y esta persona fue la que disparó contra Keeler. ¿Por qué lo negó?

—Dije la verdad —insistió el mayordomo—. ¡Váyase, váyase de aquí inmediatamente o llamaré...!

—Usted no llamará a nadie, Piero —dijo Douglas sonriendo fríamente—. Haría cualquier cosa menos permitir una nueva intervención de la Policía, que le causaría gravísimos trastornos. Yo le puedo evitar ese trastorno, si usted se porta bien conmigo y me dice todo lo que sabe, que es mucho. Por ejemplo, además de lo que ya le he preguntado, ¿por qué dijo que sólo se había hecho un disparo?

La lengua del mayordomo humedeció sus labios súbitamente resacos.

Douglas continuó con su ataque.

—Usted, so pretexto de ayudar a la señorita, hizo algo que hasta ahora no ha sido revelado. El asesino disparó, matando a Keeler. Después puso la pistola en la mano de la señorita DeWitt, obligándola a hacer un segundo disparo. Bien, resulta que tenían que haber aparecido dos cápsulas, pero sólo se encontró una. Porque la segunda la recogió usted. Es fácil armar un engaño de esta índole, sobre todo cuando se utiliza una pistola que ya tiene una bala en la recámara, además de las que llenan el cargador. Escondiendo la segunda cápsula, hasta el más avisado cae en la trampa, ¿no es así, Piero?

El mayordomo no contestó. Douglas se dio cuenta de que había perdido buena parte de su entereza y reanudó sus ataques.

—¿Quién es el asesino? Usted lo conoce, puesto que le tuvo que abrir la puerta para que pudiera penetrar en el edificio. Le pagó por esto y por ocultar la segunda cápsula así como el lugar por el que entró la bala en la madera. ¿Quién es? ¡Vamos, contésteme!

—Está diciendo una inmundicia sarta de mentiras...

—¡Todo eso es verdad y usted lo sabe, Piero! Además, el asesino

se llevó la agenda del señor Keeler. ¿Por qué? ¿Qué había escrito en esa libreta?

Los ojos del mayordomo centellearon de ira.

—No le conozco —respondió—, pero veo que sabe más de lo que parece. Y eso no me conviene a mí, ¿entiende?

Douglas se echó a reír.

—¿Disparar contra mí? ¡Qué absurdo! ¿De qué manera iba a justificar mi muerte?

—Diría que lo confundí con un merodeador.

—Y nadie le creería, porque, ¿piensa que soy tonto? Detrás de mí han quedado unos apuntes en los cuales está escrito todo lo que acabo de decirle. Y entonces sería alguien con más autoridad que yo el que le haría tales preguntas. ¿Cree que podría negarse a contestarlas, Piero?

Una nube de temor apareció en el rostro del mayordomo.

—Todo eso es una fábula —dijo, vacilante.

Douglas se echó a reír.

—¿Una fábula? Pero usted no se atreve a disparar, ¿verdad? ¡Vamos, contésteme! Hágalo ahora, cuando todavía está a tiempo y puede ahorrarse muchos disgustos. Usted no es tonto, Piero, y sabe que si la Policía descubriera la verdad por otro conducto, lo pasaría muy mal, muchísimo peor que si declarara la verdad espontáneamente.

—Pe... pero ahora me costaría un grave disgusto —adujo el mayordomo, francamente atemorizado—. Ha... ha pasado ya bastante tiempo desde la muerte del señor Keeler...

—Apenas tres semanas. Usted puede alegar en su defensa que el asesino le había intimidado. Ésta es casi una eximente y el jurado no dejaría de tenerlo en cuenta.

El cañón de la pistola se inclinó al suelo. Piero se pasó una mano por la frente.

—¿Puede usted darme una garantía de que no me pasaría nada o que, en otro caso, mis molestias serían mínimas?

—Hablando con claridad, yo no puedo hacer tal cosa, aunque sí tengo una persona que lo haría. El teniente Mac Laine, Piero.

—Está bien —dijo el mayordomo, con un suspiro—. Diré la verdad. Estoy arrepentido de haber tomado parte en el juego, y la conciencia me pesa ya demasiado.

Levantó los ojos y miró de frente al joven.

—Yo no creí nunca que iba a cometerse un crimen. Él me dijo que el señor Keeler y la señorita se reunirían aquí a medianoche. Quería oír lo que hablaban, eso era todo. Me dio..., me dio una buena propina y yo, creyéndolo relativamente inofensivo, acepté. Le abrí la puerta a la hora indicada, le conduje hasta aquí y... y entonces fue cuando... cuando ocurrió lo que todo el mundo sabe. Me quedé helado de pavor, se lo juro —dijo el mayordomo con repentina vehemencia—. Pero él salió apresuradamente de la biblioteca y me amenazó con otra pistola. Me dijo que me convenía callar o de lo contrario me tomarían por su cómplice y me guardara una de las cápsulas y tapara el orificio del segundo disparo. Estaba tan aterrado que obedecí maquinalmente, sin saber lo que hacía.

—¿Le vio la agenda en las manos?

Piero denegó con la cabeza.

—No, señor. Sólo tenía ojos para la pistola que empuñaba y que...

Douglas miró suspicazmente al mayordomo. No acababa de creer la historia que le contaba, pese a los aires de verosimilitud que prestaba. Tenía la impresión de que el mayordomo estaba tratando de descargarse buena parte de sus culpas, sin duda aterrado o espantado de sí mismo. A pesar de su presencia física, no era hombre de gran entereza moral, cosa que se veía claramente.

—Bien —exclamó el joven—, ¿y quién es el verdadero asesino?

Piero se lamió los resecos labios con la lengua. Abrió la boca para hablar.

En aquel momento, un repentino ruido sobresaltó al joven, haciéndole respirar.

Un redondo orificio apareció en la frente del mayordomo, cuyo cuerpo se puso terriblemente rígido. Los ecos de un sordo «sschop» rebotaron en los oídos del joven.

Inmediatamente comprendió Douglas lo que sucedía. Alguien, con una pistola provista de silenciador, acababa de disparar contra el mayordomo, con el fin de acallarle para siempre.

Esto no excluía que el segundo disparo fuera dirigido contra él, por lo que, apenas se hubo dado cuenta de lo que sucedía, se tiró al suelo.

En el mismo momento, sonó otro disparo, tan apagado como el

anterior. El ruido del pistoletazo fue tan tenue que le permitió oír con toda claridad el choque de la bala contra el parqué del pavimento.

Desde el suelo, y en una fugacísima visión, Douglas pudo advertir dos cosas: una de ellas, el rostro en sombras de un individuo que, asomando por entre los cortinajes de la ventana más próxima, tenía el arma encarada contra él. Y la segunda fue el último gesto del mayordomo, quien, retorciéndose sobre sí mismo, giró en redondo, desplomándose al suelo.

Al hacerlo, le benefició, porque en el espasmo de la agonía, Piero trató de agarrarse a algo para no caer, de modo instintivo. Pero sólo halló la lisura de la pared y su mano resbaló por ella, a medida que perdía altura. Sus dedos se engarfiaron un segundo sobre el conmutador de luz y ésta se extinguió en el momento en que la pistola disparaba por tercera vez.

Douglas se retorció sobre sí mismo, girando apresuradamente por el suelo, para escapar a los disparos que el desconocido le estaba haciendo sin compasión alguna, ávido de eliminarle a él también. La pistola llameó sucesivamente y los chasquidos de los disparos, casi apenas audibles a causa del silenciador, se confundieron con los ruidos de los impactos de las balas contra la madera.

El tiroteo cesó tan repentinamente como había empezado. Douglas comprendió que el asesino había concluido sus municiones y entonces, obrando más por instinto que por puro raciocinio, se puso en pie.

Franqueó en dos zancadas el espacio que le separaba de la ventana. Echó las cortinas a un lado, y, a la pálida luz de la luna, pudo advertir la silueta de un hombre que huía a todo correr.

Sin vacilar, echó un pie por encima del alféizar y saltó fuera. A su vez, corrió velocísimamente tras el misterioso desconocido, tratando de alcanzarle. Sabía que, si lo conseguía, tendría en sus manos la solución del enigma.

Súbitamente, el asesino se esfumó.

El parque de la casa de Keeler era muy amplio, y había en él numerosos arbustos y setos de jardinería que constituían otros tantos obstáculos para la visión, tras los cuales podía esconderse un hombre con toda facilidad. Douglas se detuvo, jadeante, sin aliento,

procurando respirar sin ruido, para no delatar su presencia.

Agachándose, puso ambas manos en el suelo y comenzó a deslizarse en la dirección que había visto llegar al asesino. Estaba seguro de que el individuo le aguardaba, agazapado tras algún seto, por lo que no las tenía todas consigo; quizá tenía algún cargador de repuesto y en aquel momento estaba renovando la munición de su pistola.

Súbitamente, se dio cuenta de que transpiraba por todos los poros de su cuerpo. Cada planta, cada mata, le pareció un ser vivo que se retorció y movía de modo fantasmagórico. Tentado estuvo de dar media vuelta y echar a correr, pero sólo fue debido a un poderoso esfuerzo de su voluntad que logró mantenerse en el mismo sitio.

Una rama crujió tenuemente, a media docena de pasos de distancia. Douglas alargó la cabeza, como si con ello quisiera taladrar la oscuridad, que allí en el jardín se hacía más intensa. Dándose cuenta de que por fin había localizado a su enemigo, adoptó un plan para sorprenderle y hacerle su prisionero.

Sin hacer el menor ruido se deslizó hacia la derecha. Contorneó un gran macizo de flores y siguió arrastrándose hasta situarse en lo que él creía las espaldas de su antagonista.

Sonrió en la oscuridad. ¡Ahí estaba!, a menos de cuatro metros de distancia, agazapado tras un enorme rosal, alargando la cabeza como él, para poder ver mejor. Tenía en la mano un objeto sobre el cual destelló un rayo de luna durante una fracción de segundo.

Douglas tensó todos sus músculos antes de lanzarse al asalto. Se incorporó, y en el mismo instante, se arrojó hacia adelante.

Fue inevitable que hiciera un poco de ruido —sus zapatos rechinaron sobre la gravilla del sendero—, lo cual alertó al asesino. Éste levantó la mano, en la cual pudo distinguir el joven la ominosa silueta de una pistola.

Douglas alzó su mano izquierda, al mismo tiempo que proyectaba la derecha hacia adelante. Su puño chocó contra algo blando y al momento sintió una gran satisfacción, cuando sus oídos captaron el sonido de un apagado gemido.

El desconocido trastabilló, retrocediendo un par de pasos. Douglas tornó a la carga, golpeándole con todas sus fuerzas en la cara y en el pecho. Pero un repentino e inesperado puntapié en el

bajo vientre le hizo retroceder, doblado sobre sí mismo, en tanto que una mueca de dolor distorsionaba sus facciones.

Más por instinto que por otra cosa, levantó el brazo izquierdo. Algo muy duro se lo golpeó y un dolor vivísimo le recorrió todo el miembro. Douglas se mordió los labios para no gritar, al mismo tiempo que lanzaba de nuevo su puño derecho, conteniendo momentáneamente el contraataque de su enemigo.

Durante unos momentos, los dos hombres se enzarzaron en una furiosa pelea, sin otro ruido que el chasquido de los golpes que ambos mutuamente se asestaban, tratando cada uno de deshacerse de su rival. La pelea estaba muy equilibrada y Douglas hubo de reconocer, a su pesar, que el asesino poseía una excepcional fortaleza física.

Súbitamente, su puño derecho entró en violento contacto con la barbilla del individuo. Éste abrió los brazos y se desplomó de espaldas como una masa, quedándose inmóvil en el suelo.

Douglas se retiró un par de pasos, jadeante, boqueando ansiosamente en busca de aire. Cuando hubo normalizado el ritmo de su respiración, se acercó al caído, inclinándose sobre él con objeto de reanimarlo y obligarle a hablar.

Inesperadamente, la mano del individuo se movió. Algo muy duro chocó contra su cabeza y un millón de estrellas fulguraron ante las pupilas del joven.

Mientras caía, Douglas tuvo tiempo de pensar que había sido un estúpido al confiarse de tal manera. El asesino no había soltado su pistola, y su culata era la que le estaba desmayando. Medio segundo después, su cara tocó el fresco césped del jardín y luego todo se desvaneció en torno suyo.

Se despertó más tarde, sin que supiera cuánto tiempo había transcurrido desde que recibiera el golpe. Tambaleándose como un beodo, púsose en pie y, de modo maquinal, se llevó la mano a la cabeza. Gimió al tocar el bulto originado por el impacto de la pistola en su cráneo, pero interiormente sonrió al felicitarse por la fortaleza de sus huesos que habían resistido impunemente los efectos de tan fenomenal culatazo.

Inspiró varias veces, advirtiendo que recobraba la estabilidad. Después sacudió la cabeza y trató de poner en orden sus recuerdos.

Rememoró la conversación con el mayordomo. Esto le trajo a la

memoria su fulminante muerte, lo cual le hizo volver a la mansión, comprobando que, efectivamente, Piero seguía en el suelo. Un rápido examen le hizo ver que la sangre no se había coagulado todavía, lo cual suponía que no había sido mucho el tiempo que había permanecido inconsciente.

En silencio, deslizándose como una sombra, salió de la casa, y luego del jardín, sin contratiempo alguno. Caminó hasta encontrar un taxi, que le condujo a su domicilio.

Una vez allí consultó el reloj. Eran ya cerca de las dos de la madrugada. Su apartamento era pequeño, pero dotado de cierto confort. Disponía de una pequeña cocinilla, en la cual se calentó un par de tazas de café, que sorbió con fruición.

Mientras lo hacía, procuró evocar todas y cada una de las frases de la conversación sostenida con Piero. Era evidente, a su juicio, que el mayordomo había sido cómplice del asesino de Keeler. Voluntario o involuntario, pero la complicidad había existido.

Sin embargo, el criminal no había confiado mucho en el silencio de Piero y por ello lo había eliminado fríamente. Y con él hubiera hecho lo mismo de no haber actuado tan rápidamente. Había, se dijo, en el primero de los crímenes una serie de motivos, muy poderosos por lo visto, cuando se había creído conveniente achacar tal muerte a Lorelei. ¿Cuáles eran aquellos motivos? Douglas no lo sabía, pero estaba seguro de que, cuando lo averiguase, lo demás se le daría por añadidura.

El café le reanimó notablemente. Con un cigarrillo pendiente de la comisura de los labios y una bolsa de hielo atada en la cabeza, sobre el lugar en donde había recibido el golpe, se dirigió al teléfono.

Mac Laine le había dado su número particular. Douglas marcó, y hubo de esperar bastante antes de que sus oídos percibieran la soñolienta voz del teniente.

—Despáblese, Mac —le dijo—. Tengo una noticia muy importante que darle.

—Muy gorda tiene que ser —dijo Mac Laine entre bostezo y bostezo— para cometer la villanía de despertarme a estas horas. ¿De qué se trata?

—Piero, el mayordomo de Keeler, ha sido asesinado.

Hubo una corta pausa de silencio. Después, un aullido brotó a

través del auricular.

—¡Qué! Douglas, usted está borracho o soñando.

—Ni una cosa ni la otra, Mac. Estaba yo presente cuando el asesino perforó la frente de Piero de un limpio balazo. Y luego descargó el resto del cargador contra mí, aunque afortunadamente pude esquivar todos los disparos.

—¡Condenación! Si lo que dice es cierto...

—Lo es, Mac; las cosas no están como para bromas.

—¡Aguarde un momento! Cuelgue, que voy a llamar a Jefatura para que vayan a investigar. Enseguida le llamo.

Douglas hizo lo que le decían y antes de que acabara el cigarrillo sonó la campanilla del teléfono.

—He mandado una patrulla hacia allí. Yo iré dentro de unos momentos, pero antes quiero que me cuente usted todo lo que sucedió.

El joven obedeció. Cuando terminó, notó un aire pensativo en la voz del teniente.

—Esto cambia mucho las cosas, Douglas.

—Y me sirve para afirmarme en mi creencia de que ella no mató a Keeler.

—Pero existe un serio inconveniente para poder probarlo, y es que Piero ha muerto.

—Verdaderamente es una desgracia. Y no se puede uno presentar ante un tribunal sin pruebas de lo que Piero manifestó.

—Por supuesto el juez no lo admitiría. Sin embargo..., ¿por qué no hace usted una cosa, Douglas?

—¿Cuál?

—Vaya a ver al abogado de la señorita DeWitt, cuénteles todo lo que sucedió. Como la muerte de Piero ha de hacerse inevitablemente pública, esto puede servirle de apoyo para conseguir un aplazamiento del juicio, basándose en que la muerte de Piero está relacionada con la de Keeler.

—¿Y consentirá Polk en ello?

—Eso depende de la habilidad de Graham.

—¡Hum! Tal como están las cosas lo encuentro un poco difícil, Mac.

—No importa. Si usted ha descubierto el segundo proyectil incrustado en el maderamen, esto irá en apoyo de las declaraciones

de la inculpada. Tenemos escritas las de Piero, en las cuales juró no haber oído más que un disparo. Y la segunda bala, si fue disparada por la misma pistola...

—Claro que sí. Los técnicos podrían demostrarlo contundentemente y ello ayudaría grandemente a Lorelei. Tal como fue cometida la muerte de Keeler, no es lógico que se hiciese un segundo disparo con un ángulo totalmente distinto al primero. Y aunque considerasen a éste como el primero, entonces Keeler habría tenido tiempo de hacer algo en propia defensa. En todo caso, nunca hubiera podido caer muerto en el sitio donde se le encontró.

—Justamente, Pentecost. Si usted consigue el aplazamiento del juicio, yo me encargaré de lo demás. Porque hay que tener en cuenta que ahora iré a investigar la muerte de Piero y la segunda bala saldrá a relucir. Ésta es de calibre .32 y apostarí, ya que se usó silenciador cuando mataron a Piero, que el asesino utilizó ahora una .45.

—Es un argumento completamente lógico. De acuerdo, Mac, mañana, a primera hora, iré a ver a Graham y le contaré todo cuanto ocurre. Gracias por todo.

—No hay de qué, Douglas. Hasta mañana.

El joven colgó lentamente el teléfono. Prendió fuego a un cigarrillo y se encaminó hacia el dormitorio, en donde se desnudó, tendiéndose luego en la cama. Estuvo pensando largo rato en todos los acontecimientos últimamente sucedidos, hasta que, de pronto, se quedó dormido sin saber cómo.

Se despertó ya bien entrado el día. Una mirada al reloj le hizo ver que eran ya las ocho de la mañana, lo cual le hizo tirarse de un salto de la cama.

Se duchó, afeitó y vistió en un tiempo récord, en tanto que se le calentaba el café. Con sólo un par de sorbos de la caliente infusión por todo desayuno, se echó a la calle, no sin haber averiguado antes, por medio de la guía telefónica, el domicilio del abogado de Lorelei. El juicio estaba señalado para las nueve y media de la mañana.

Tomó un taxi.

—¡A la Avenida Jefferson, número 527! ¡Pronto!

CAPÍTULO IV

Robert Graham escuchó sin pestañear el parlamento del joven, parapetado tras su mesa de despacho. Cuando Douglas terminó de hablar, dijo:

—Supongo que, en caso de ser cierto lo que usted dice, el proceso tomará un giro completamente nuevo y, por supuesto, altamente favorable para mi cliente.

—Así lo espero, señor Graham —dijo Douglas—. Por eso mismo vine a verle a usted.

—Pero entonces tendrá que explicar lo que hacía usted en casa de Keeler.

—No. No es necesario que salga mi nombre a relucir. El asesino no lo hará y el teniente Mac Laine dirá que fue una voz anónima la que informó de la muerte del mayordomo.

—Es una buena idea —dijo el abogado, meditabundo. Luego agregó—: De modo que fue la señorita DeWitt la que le autorizó a ayudarla.

—Sí; y en vista de las excepcionales circunstancias, me he creído en la obligación de comunicárselo a usted, señor Graham.

—Desde luego, ha sido una excelente idea, Pentecost. Ahora bien, yo quisiera hacerle a usted una advertencia.

Douglas miró a su interlocutor. Lo vio alto, fornido y todavía ágil, a pesar de haber rebasado ya ampliamente el cabo de la cuarentena. Robert Graham era hombre que sabía cuidarse muy bien, no sólo en su físico —se imaginó las largas sesiones de ejercicios físicos y masajes para eliminar el influjo de la grasa—, sino también en su indumentaria —la corbata pintada a mano no valía menos de treinta dólares—, y el lujo casi asiático con que tenía montada su casa. Los muebles y objetos de decoración eran sencillos, pero muy valiosos.

—De acuerdo —dijo—. ¿De qué se trata?

—El abogado de la señorita DeWitt soy yo. No sólo en el presente caso, en que ella se ha visto involucrada en un proceso por homicidio, sino, habitualmente, como administrador general de sus bienes. Le agradezco mucho cuánto ha hecho por ayudarla, pero, en lo sucesivo, déjeme que yo lleve las cosas a mi manera, ¿me entiende? Tengo práctica en esta clase de asuntos y, sin inmodestia alguna, creo que puedo hacerlo mejor que usted. Si siguiera interviniendo en ello, aun contra mi voluntad, tendría que abandonar la defensa de mi cliente.

Douglas no pestañeó. En cierto modo ya esperaba la reacción del abogado, y, por ello, no hizo otra cosa que asentir.

—Muy bien. Me parece bastante razonable. Pero creo que no estaría de más efectuar algunas pesquisas.

Graham arqueó una ceja.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a la agenda que el asesino arrebató a Keeler. Cuando lo hizo, tendría buenas razones para ello. Posiblemente había anotados en ella datos que le comprometían gravemente.

Graham hizo un gesto negligente con la mano.

—¡Bah! —exclamó—. ¿Para qué preocuparse por una libreta de notas que ya habrá sido destruida a estas horas? Si es cierto que tal agenda existió, el asesino, al tenerla en su poder, se habrá deshecho de ella. ¿Cree que iba a conservar en su poder un documento tan comprometedor?

—Lo lógico es pensar así, pero... —Y Douglas, no queriendo insistir, se calló.

Graham se puso en pie.

—Bien, creo que ya está dicho todo. Acompañeme, ¿quiere?

Douglas denegó con la cabeza.

—No. Si yo apareciera por el tribunal, quizá Polk sintiera tentaciones de interrogarme, y eso es algo que no me conviene. Ni a la señorita DeWitt tampoco. Mejor dejar las cosas como están, ¿no le parece?

—Creo que tiene usted razón, Pentecost. De acuerdo. Y ahora, si me lo permite...

Los dos hombres salieron juntos de la casa. Douglas se quedó junto al borde de la acera, observando la marcha del abogado. Éste se metió en su coche y ordenó al chófer que le llevara al Tribunal

de Justicia.

—Mucho dinero debes de ganar —dijo para sí el joven— cuando te permites tantos lujos. No hay muchas personas en Melton que sean capaces de mantener chófer, sobre todo en estos tiempos.

Y, después de tales reflexiones, el joven se encaminó a pie al mismo sitio, pues sabía que tenía tiempo sobrado, ya que antes de suspenderse el juicio, Graham tendría que conferenciar con el fiscal y el juez.

La cosa sucedió efectivamente tal como el joven la había planeado. Polk no tuvo otro remedio que acceder a la suspensión, en vista de las nuevas pruebas presentadas, pero sólo quiso conceder una semana de plazo, en lo que estuvo de acuerdo el juez.

Todos los asistentes, periodistas y espectadores, salieron grandemente defraudados de la sala al anunciarse la suspensión. Douglas fue uno de los primeros en abandonar el local, y, una vez lo hubo hecho, corrió hacia el ascensor.

Unos minutos más tarde se hallaba de nuevo en presencia de Lorelei. Estrechó con calor las manos de la joven y pudo advertir, con íntima satisfacción, que la palidez del día anterior había perdido bastante terreno en sus tersas mejillas y que ello no se debía a ningún mejunje de laboratorio de cosmética.

—¡Hola, Patito Feo! —le saludó ella efusivamente, apenas le vio.

—¡Hola, Lorelei! Como puedes ver, las cosas han tomado un giro, si no completamente distinto, sí bastante favorable para tus intereses.

—Y todo ha ocurrido después de haber intervenido tú, Doug. ¿Cómo podría yo agradecértelo lo suficiente?

—No tienes nada que agradecerme, Lorelei —repuso él—. Para mí es más que suficiente el hecho de poder ayudarte.

Ella sacudió la cabeza.

—Eres la última persona a quien hubiera contado ver aquí, y, sin embargo, el único que ha venido a visitarme y, lo que es más positivo, a ayudarme. Ahora ya sé —añadió ella, sonriendo tristemente— cuál es el calibre de la amistad que guardaban hacia mí los que se llamaban mis amigos. Eran amigos de mi dinero, no míos.

Douglas le palmeó el dorso de la mano.

—Desecha esos tristes pensamientos, Lorelei. Si sigues así, lo

único que conseguirás será amargarte aún más el tiempo de tu estancia en la cárcel. Afortunadamente, creo que pronto podrás salir de aquí.

—¿Tú lo crees? —inquirió ella, esperanzada.

—Podría afirmártelo, pero sería ir demasiado lejos. De todas formas, tal como están las cosas, de hallarme yo en el lugar de tu abogado, pediría inmediatamente la libertad bajo fianza.

—No creo que el juez la concediese, Doug.

—Por lo menos, se podría intentar. Cuando ha accedido a suspender el juicio bien podía conceder lo otro.

—Son dos cosas muy diferentes, aunque estén relacionadas entre sí, Doug. La suspensión me ha llenado de alegría, aunque no conozco todavía con exactitud los motivos.

—¡Cómo! —exclamó Douglas con sorpresa—. ¿Es que no te ha informado Graham de lo que ha sucedido la pasada noche?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Me dijo que se habían hallado nuevas pruebas, pero no quiso ser muy explícito. Por favor —dijo ella con tono suplicante—, no me tengas en la incertidumbre. Dime tú lo que ocurre, Doug.

El joven se mordió los labios.

—Pues, simplemente, que ha aparecido el proyectil que el asesino te obligó a disparar; lo cual corrobora de modo indiscutible tu afirmación.

—¡Oh, Dios mío!

—Todavía hay más —añadió Douglas con tono ceñudo—. Piero, el mayordomo de tu prometido, ha muerto.

Ella se llevó ambas manos al pecho, como si quisiera contener los tumultuosos latidos de su corazón.

—¡Douglas! —exclamó, con un susurro.

—Así es —reafirmó él, pero absteniéndose, prudentemente, de relatar la intervención que él había tenido en el asunto. Añadió algunos detalles más, pero ocultó los disparos que le habían hecho y la subsiguiente pelea con el asesino emboscado en el jardín.

—No lo acabo de entender —murmuró Lorelei, cuando Douglas hubo terminado—. Lo veo bastante confuso.

—Yo también; por eso es que quiero aclararlo. Hay en la muerte de Keeler un turbio misterio, cuya solución, al parecer, interesa a alguien, concretamente al asesino, que no llegue a conseguirse.

—¡Douglas! ¡Eso que tú dices es muy fuerte! —exclamó ella.

—Para mí es la verdad. Y si verdad hubiera habido en las declaraciones de Piero, no hubiera sido preciso asesinarle. ¿Qué grado de complicidad tenía él con el asesino? ¿Qué papel definido desempeñó en la noche del crimen? Esto es algo que hemos de averiguar, y sólo lo conseguiremos hallando al criminal. A propósito, Lorelei, quiero hacerte algunas preguntas, pero, por favor, contéstame con toda la sinceridad que puedas. Te lo ruego; piensa que es por tu propio bien.

Ella le miró fijamente.

—Te contestaré como tú quieres, Dou. Habla.

—Lo primero de todo, ¿cómo sabías tú que Keeler y la Thomas andaban..., bueno, eran amigos?

Lorelei enrojeció vivamente. Pero mantuvo su mirada fija en la del joven.

—Alguien me lo advirtió por teléfono. No me dijo su nombre; solamente indicó que me apreciaba, y por ello quería evitarme un fracaso antes de tiempo.

—¡Vaya un amigo! Y, ¿cuándo fue eso?

—Hace varias semanas. Naturalmente, antes de cometer yo alguna acción impropia, procuré informarme. La agencia a la cual recurrí me lo confirmó taxativamente.

—Muy bien. Otra cosa. ¿Por qué razón hubo de citarte Keeler a las doce de la noche en su casa?

—No hubo tal cita. La misma voz me informó de que a tal hora estaría Hilda Thomas en casa de mi prometido. Después de lo que sabía, acudí allí con el fin de sorprenderlos y así tener una base para la ruptura de relaciones. Fracasé, ya que Hugh estaba solo, pero me puse nerviosa y excitada, y no me pude contener. Se lo arrojé todo a la cara, y... éstos fueron los gritos que debió de oír el mayordomo.

—Pero tu nombre figuraba en la agenda de Keeler para aquella noche, Lorelei.

—La hoja, si recuerdas, estaba incompleta. Seguramente quería decir llamarme por teléfono a las doce para desearme las buenas noches.

—¡Vaya un enamorado! —se burló el joven—. Si yo fuese a casarme con una chica tan bonita como tú no me harían falta

agendas para acordarme de ti.

Ella enrojeció y bajó los ojos. Dijo:

—Posiblemente la Thomas le tenía trastornado el seso, y no quería correr riesgos, Doug.

Éste hizo una mueca. Después preguntó:

—Otra cosa, y ya la última. ¿Cuál era la situación económica de Keeler?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Una casa como la que tenía cuesta mucho mantenerla, Lorelei.

—A Hugh no parecía escasearle el dinero.

—Vete a saber de qué modo lo obtenía —refunfuñó para sí el joven, sin que ella pudiera oírsele. Luego levantó la voz—: Está bien, creo que ya lo hemos dicho todo por hoy. Volveré a verte en cuanto pueda.

La muchacha se puso en pie, y Douglas apreció una vez más la finura de sus líneas. Sus facciones habían adquirido un aspecto completamente distinto desde que él la viera el día anterior.

—Una vez más, gracias por todo, Douglas.

El joven tomó sus manos.

—Hasta la vista, Lorelei.

Permaneció en pie hasta que la hubo visto desaparecer por la puerta del fondo. Después, con aire meditabundo, salió del locutorio, en tanto que prendía fuego a un pitillo.

En la calle tomó un taxi. «Tendría que comprarme un automóvil. Sí sigo así, me voy a arruinar», pensó.

—A la Calle Hampshire, número 877 —dijo, arrellanándose en el asiento.

La calle mencionada estaba situada en la parte antigua de la ciudad, que bien poco se diferenciaba de la nueva. Si se la llamaba de tal modo, era más por inercia que por otra cosa, ya que los viejos edificios que constituyeran el primitivo núcleo urbano habían desaparecido, dejando paso a otros más modernos, pero de una construcción tal, que parecía no hubiera arquitectos en el país.

El 877 era una casa destinada a apartamentos, posiblemente de las mejores de toda la calle. Douglas se apeó y abonó el importe de la carrera. Después, de pie en la acera, se echó el sombrero hacia la nuca y levantó la vista.

—Mac Laine es una buena ayuda —dijo para sus adentros, después de lo cual, con gesto resuelto, se adentró en el edificio.

El ascensor le llevó al décimo piso. Salió al corredor y buscó un número en las puertas, hasta hallar el 58 B. Apretó el timbre con el dedo índice.

Hubo de repetir la llamada antes de que oyera, un buen rato después, el crispante repiqueteo de unos tacones femeninos. La puerta se abrió.

El soñoliento rostro de Hilda Thomas le miró a través de unas pupilas llenas de sorpresa. De pronto, la cantante reaccionó y golpeó la puerta con fuerza.

Douglas ya había previsto tal reacción y adelantó el pie derecho, bloqueando el cierre. Después pegó un enérgico empujón con el hombro a la madera.

Se oyó un grito sofocado y el trastabillar de la cantante. Douglas terminó de abrir y penetró en la estancia, cerrando, acto seguido, la puerta a sus espaldas.

Hilda tenía la mano puesta sobre la cara. Le insultó procrazmente.

—¡Bastardo inmundo! ¡Por poco me machaca la nariz, condenado fisgón!

—Hubiera sido una verdadera lástima —contestó Douglas fríamente. Paseó su mirada por la estancia amueblada con verdadero gusto y muebles caros. Parece que vives bien, muñeca.

—Mi profesión da para ello —contestó Hilda con una mueca.

—¿Tu profesión? —rió Douglas con descaro. Tiró el sombrero sobre un diván próximo y se fue hacia un pequeño bar situado en el ángulo opuesto.

Descorchó una botella y sirvió dos vasos.

—Acércate —dijo.

Ella obedeció, renuente. Vestía un salto de cama que dejaba muy poco a la imaginación, pero el joven no tenía tiempo en aquellos momentos para perderlo en contemplaciones. Alargó uno de los *higsballs* a la cantante y tomó el otro.

—Por tus reconocidas facultades oratorias, Hilda —dijo, y bebió.

Ella apenas tocó el licor con los labios. Se apoyó en el mostradorcito y le enseñó los dientes.

—Despacha de una vez y luego muérete, pesquisa. ¿Qué es lo

que te trae por aquí?

—¿Has leído los periódicos, nena? —dijo él, acodado en el mostrador, sin mirarla.

—Dame un cigarrillo. No, no he leído nada —respondió la cantante.

Douglas prendió fuego a un pitillo, y, luego, se lo pasó a Hilda. Ésta se lo tomó de un tirón, mirándole airada.

—¿Qué hacías tú anoche a la una y media de la noche, bonita?

—Estaba en el Bavarian. No termino hasta una hora más tarde. Pero ¿qué diablos tiene eso que ver?...

—Mejor para ti, si puedes demostrar la coartada. Conocías a Piero, ¿verdad? —Y como ella asintiera, lo soltó—: Bien, pues anoche lo balearon.

Douglas miró de reojo a la joven. Los ojos y la boca de Hilda se convirtieron en sendas oes, a causa del asombro provocado por la inesperada noticia.

—¡No! —exclamó.

—Sí. Alguien, sin duda el que se cargó a Keeler, le metió una bala entre ceja y ceja. El pobre no dijo ni pío. Como un gorriencillo, vamos.

—La persona que mató a Keeler está en la cárcel —adujo ella, con tono hosco.

—La persona acusada, que no es lo mismo, bombón —Douglas se irguió y la miró de frente—. El asesino de tu... amigo temió que Piero se fuera de la lengua y lo despachó.

—¿Cómo lo sabes, fisgón?

—Podría decirte que por los periódicos, pero mentiría. Yo estaba allí cuando el fulano empezó a tiros con los dos. Lo que pasa es que yo tuve más suerte que él y pude salvar el pellejo; eso es todo.

—Pero ¿por qué lo mató? —preguntó Hilda, visiblemente turbada.

—No lo sé. Sin embargo, tú podrías ayudarme mucho.

—No sé nada —dijo ella, apretando los labios.

Douglas sonrió tenuemente. Alargó la mano izquierda y rozó con las yemas de los dedos la fina piel de la garganta de la artista.

—Es una lástima que un cuello como el tuyo esté tan desnudo cuando hay tantas joyas que podrían adornarlo. Sin duda, una vez yo informase a la señorita DeWitt de lo valiosos que habían sido tus

informes, ella haría los posibles por cubrir de perlas esa garganta tan esbelta. O de esmeraldas, lo que más te gustase. Es muy rica, ¿sabes?

—Lo sé, pero no sabrás una sola palabra por mis labios —repuso Hilda ásperamente. La mano de Douglas estaba ahora bajo su oreja izquierda.

—Una lástima —dijo él, con tono parsimonioso—. Una lástima, porque entonces, en lugar de joyas tendrás... ¡esto!

Los nudillos del joven chocaron contra la mejilla de Hilda con terrible fuerza. La cantante trastabilló al mismo tiempo que lanzaba un agudo grito.

Hilda hubo de apoyarse en el respaldo de un pesado sillón para no caer al suelo. Desde el mueble bar, Douglas la miró fríamente.

—Elige, guapa: o joyas o lo otro. Y te aseguro que si no escoges las joyas, tendrás de lo otro en abundancia.

—¡Maldito! —barbotó ella, incorporándose—. No sé nada, te he dicho.

—Tú y Keeler erais muy amigos. Sin duda pensabais despojar a la acusada, ¿verdad?

Ella cerró los labios. Douglas se echó a reír.

—Esas actitudes no te van bien, bonita. Muerto Keeler, se acabó la mina de oro. Pero aún puedes sacar una buena tajada si te decides a soltar el pico. Está bien; no me contestes a esa pregunta si no quieres, pero, por lo menos, dime dónde está la agenda. Tú lo sabes, estoy seguro de ello.

—¡Muérete, perro! —Fue la dura respuesta que obtuvo el joven.

Los párpados de Douglas se entrecerraron. Sabía que estaba tratando con una persona sin sentimientos, por lo menos hacia el prójimo, pero también sabía la clase de procedimientos que había que utilizar con ella para soltarle la lengua.

Saltando de improviso hacia la cantante, la tomó de un brazo, arrastrándola hacia el bar a pesar de sus protestas. Hilda contraatacó a base de puntapiés, pero las chinelas que calzaba volaron por los aires sin obtener ningún resultado práctico.

Douglas tomó uno de los vasos y golpeó su borde contra el del mostrador, astillándolo. Lo agitó delante de los espantados ojos de Hilda.

—Escúchame, preciosa —dijo—. Habla y contesta a todas mis

preguntas, o después de que haya acabado con mi tratamiento no vas a servir ni para recoger la basura de la ciudad.

Obviamente, el joven no pensaba recurrir a tales procedimientos, que le repugnaban profundamente. Pero también sabía que sólo asustando de aquella forma a la cantante conseguiría obtener los informes que tanto deseaba. Hilda Thomas era una mujer avezada, y por las buenas no conseguiría nada.

Agitó el vaso astillado delante de sus ojos dilatados por el temor.

—Habla o te estropeo la tez, hermosa.

Ella sacó la lengua y se humedeció los labios resecos.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Keeler tenía una agenda, que le fue arrebatada segundos después de morir. ¿Qué es lo que había escrito en aquella libreta?

—¡Y qué sé yo! Nombres, direcciones de personas, números de teléfono.

—Y fechas.

—¿Qué fechas?

—Tú lo sabes mejor que yo. Pero ahora no me interesa el contenido, sino el paradero de la agenda. ¿Dónde está?

—¡Te digo que no lo sé, maldito esbirro!

El agudo filo de las astillas de vidrio se acercó peligrosamente a la mejilla de la joven.

—Puedes darme una pista que me conduzca hasta ello. ¡Pronto, o me cansaré de aguardar tanto! Ya no pienso darte otra oportunidad; la siguiente pregunta la haré después de...

—Está bien —masculló ella—. Te diré lo que sé, pero suéltame antes.

—No. Habla primero.

Ella le miró con ojos de furia asesina. Dijo:

—Keeler tenía un amigo íntimo, al cual le confiaba todos los secretos. Se llama Eric.

—¿Eric... qué más?

Hilda se encogió de hombros.

—No lo sé, Eric el Ruso. Por ese nombre le conocen todos sus amigos.

—Bien, ¿y dónde vive ese tío?

—Lo ignoro. Sólo sé —se apresuró a añadir Hilda ante un nuevo gesto amenazador de Douglas—, que Hugh y el Ruso se reunían a

menudo en un bar de la Calle Novena. El Buen Marinero, creo que se llama ese sitio.

Douglas arqueó una ceja.

—Bien. ¡El Buen Marinero! —resopló—. ¡Vaya un lugar! Y, ¿qué más?

Hilda se desasíó bruscamente.

—Ya te he dicho todo lo que sé, perro. Y ahora, lárgate de aquí y busca un buen camión que te aplaste.

Douglas soltó una carcajada, en tanto que depositaba el vaso roto sobre el mostrador.

—Eso es lo que tú quisieras, preciosa. Un millón de gracias por tus informes y, ahora, ¡hasta la vista!

Se dirigió hacia la puerta, y, en el mismo instante, alguien la abrió desde fuera.

CAPÍTULO V

No aguardó el joven a ver quién entraba, sino que, con una rapidez de reflejos inigualable, saltó hacia adelante, escondiéndose tras la madera de la puerta.

Su gesto resultó oportuno, pues la misma hoja le ocultó a la vista de los recién llegados, que eran dos.

Douglas les vio las espaldas, y con esto tuvo más que suficiente para catalogar a los dos individuos. Uno de ellos era de su estatura, pero más ancho de hombros, en tanto que el otro era mucho más bajo y delgado, de porte nervioso y excitable.

Ninguno de los dos, de momento, advirtió su presencia. E, indudablemente, el joven hubiera podido marcharse de allí, rodeando la puerta aún abierta, de no haber sido por un intempestivo grito de la cantante.

El más alto entró diciendo:

—Hilda, vístete. El jefe te espera...

Pero ella no le dejó terminar.

—¡Ahí está! ¡Atrapen a ese bastardo fisgón!

Los dos individuos se volvieron reaccionando con la rapidez de quien está acostumbrado a hallarse en trances semejantes. Pero Douglas no les fue a la zaga.

Todavía flotaba en el aire los ecos del aullido de Hilda, cuando ya Douglas había tomado el respaldo de una silla con ambas manos. En lugar de descargarla sobre la cabeza del más alto, que fue el primero en adelantarse, la volteó en sentido horizontal.

El pequeño mueble voló en astillas con sonoro crujido, al mismo tiempo que el rufián caía de costado, lanzando una gruesa imprecación. El suelo retembló con el impacto de su pesado corpachón.

El otro no se arredró por la suerte sufrida por su compañero, y se lanzó hacia adelante, avanzando venenosamente dos dedos

abiertos hacia los ojos del joven. Douglas bloqueó el golpe y luego levantó la rodilla.

El pequeño se dobló sobre sí mismo, boqueando angustiosamente. Douglas le golpeó la nuca con el canto de la mano derecha, y el tipo se desplomó.

En el mismo instante, algo parecido a la explosión de una mina le golpeó en la mandíbula. Incapaz de mantenerse en pie, Douglas retrocedió dos o tres pasos, cayendo luego sobre una mesita de adorno que se chafó, bajo el peso de su cuerpo, con sonoros estallidos de su madera.

En medio de la bruma, que velaba parcialmente sus ojos, el joven oyó, una vez más, la voz de la cantante.

—¡Sácale las tripas, Ranz! ¡Machácale los sesos!

«¡Qué léxico tan fino!», pensó el joven, en tanto se aprestaba a repeler el ataque del llamado Ranz.

Distendió las piernas, alcanzando a su contrincante en pleno pecho. Éste reculó, lanzando algo muy parecido al mugido de un búfalo herido. Douglas aprovechó la ocasión para ponerse en pie.

En un segundo se dio cuenta de que, a pesar de su fortaleza física, poco podría hacer ante la de su oponente, quien, a pesar de ser igual a él en estatura, le ganaba sobradamente en envergadura y le pasaba, al menos, una docena de kilos más. En vista de ello, pues, decidió dejar de lado los métodos caballerescos y utilizar cualquiera que pudiera sacarle relativamente indemne de aquel atolladero.

Ranz se lanzó sobre él, blasfemando como un poseso. Douglas esquivó como pudo la acometida y disparó su pie, alcanzando a su rival en un costado. El rufián trastabilló, perdiendo momentáneamente el equilibrio.

El joven no desaprovechó la ocasión. Inclinandose rapidísimamente cogió con la mano una de las patas de la mesa que había destrozado con su propia caída. La enarboló en el preciso momento en que el otro se le echaba encima.

Ranz lanzó un aullido al sentir el duro contacto de la madera con su cráneo. Pero éste parecía ser aún más duro, y resistió impunemente el primer golpazo.

No obstante, Douglas no cejó. Moviendo el improvisado garrote con terrible velocidad, castigó despiadadamente a su enemigo. La cara, los hombros, los costados, los brazos, todas las regiones de su

anatomía que se ponían al alcance del garrote fueron golpeadas sin cesar, provocando una serie de horrendos bramidos de Ranz, quien, impotente para resistir aquel alud de estacazos, no podía hacer otra cosa que tratar de esquivarlos, con escasa o ninguna fortuna. Al fin un golpe, más duro que los demás, alcanzó al pandillero en un lado de la cabeza.

Ranz lanzó un suspiro, volteó sus ojos y se desplomó como una masa convertido en una ruina física, al suelo. En el mismo momento, los ojos de Douglas captaron un movimiento en la habitación.

El pequeño se había puesto en pie y le miraba con ojos inyectados en sangre y una expresión de odio homicida en su rostro triangular, que le recordó al joven el de una serpiente de cascabel. En el lado opuesto, apoyada con ambas manos de espaldas contra la pared, Hilda contemplaba la escena con ojos desorbitados.

—Voy a ver de qué color son tus puercas tripas, maldito polizonte —dijo, venenosamente, el pequeño.

Douglas no quiso hablar, prefiriendo guardar todo su aliento. La mano del menudo pistolero se escondió súbitamente en el bolsillo de su pantalón.

Cuando volvió a salir, parecía estar vacía. Bruscamente el forajido hizo un gesto, como si se le hubiera mojado y sacudiera las gotas de agua que se le hubieran quedado adheridas.

Sonó un seco chasquido y algo brilló con siniestros reflejos en la estancia. Los ojos de Douglas captaron la larga y afilada hoja de una navaja de resorte.

El pistolero avanzó hacia él, mirándole fijamente al fondo de las pupilas. Douglas le contempló igualmente y reuló lentamente, en tanto que sus dedos se afirmaban en torno a la pata de la mesa.

Súbitamente, el pequeño saltó hacia adelante. Sus movimientos tenían la fulmínea rapidez de un crótalo. Pareció amagar al vientre de Douglas, pero rectificando su movimiento, cuando aún estaba en el aire, se desvió a la derecha, moviendo después la mano en sentido horizontal, tajeando de izquierda a derecha.

Sólo un desesperado esfuerzo de Douglas impidió que la hoja de la navaja le alcanzase el pecho, que, de haberle alcanzado, le hubiera sido abierto sin duda alguna. Contestó al tajo con un garrotazo que sólo alcanzó de refilón a su enemigo, sin causarle el

menor daño.

Saltó a su derecha, esquivando otro furioso tajo. Douglas se dio cuenta de que su nuevo adversario era mucho más listo que el anterior y que era un experto en tal clase de luchas. Aun hallándose armado con el garrote y siendo más alto que él, el pequeño parecía ser el dominador de la pelea y el joven sintió la desagradable impresión de que todos aquellos preliminares no eran más que el clásico jugueteo del gato con el ratón antes de devorarlo.

«Sólo que, en este caso, el ratón soy yo», pensó.

Nuevamente lanzó la pata de la mesa en dirección a la cabeza de su contrincante y nuevamente le falló el golpe.

El pandillero rió. Era la suya una risa baja, siniestra, de trémolos ominosos.

—No te esfuerces mucho, pesquisa —dijo, sin alzar apenas la voz—. Total, el resultado va a ser el mismo.

Y de nuevo fintó por un lado, acuchillándole por el otro. Todo un costado de la chaqueta quedó cortado, de arriba abajo, y aun Douglas sintió en su piel el frío contacto de la hoja de acero.

Hubo una pequeña pausa de silencio en el combate. Después, el pequeño pareció decidido a terminar de una vez y se arrojó hacia adelante, levantando la mano izquierda para protegerse de posibles golpes del garrote, despreciando éstos con tal de conseguir su objetivo.

En aquel momento, Douglas ya no sabía qué hacer. Instintivamente, lanzó el garrote hacia adelante, como si fuera un estoque de nueva clase. Alcanzó a su enemigo inesperadamente, con las astillas de la parte por donde la pata había estado unida a la mesa, y la mejilla izquierda del pequeño quedó completamente rasgada, de la boca a la oreja.

El pistolero prorrumpió en alaridos, entre los que se mezclaban espantosas imprecaciones. Su cara y cuello estaban cubiertos ahora de roja sangre, que le caía por la herida en roja cascada.

El pequeño escupió la sangre que le llenaba la boca. Pero ya había perdido la moral, y así, cuando ciego por la ira y el dolor arremetió de nuevo contra Douglas, éste pudo ganar fácilmente su partida. El garrote cayó sobre la muñeca armada, haciéndola chasquear de modo siniestro.

Sonó un agudo alarido. La navaja cayó al suelo, en tanto que,

sufriendo intensamente, el pistolero se arrodillaba, cogiéndose la muñeca con la mano sana. Douglas se le acercó, le golpeó la mandíbula con la puntera del zapato y el rufián dejó de gemir.

Acto seguido, se acercó a la cantante, la cual había perdido toda la arrogancia de que había hecho gala desde un principio. Hilda le miró con ojos llenos de temor.

—De modo que sácale las tripas y demás, ¿verdad? —sonrió, enseñándole los dientes.

Ella le miró con ojos desorbitados.

—¡Por favor! —suplicó.

Pero sus palabras quedaron cortadas por el chasquido de la bofetada que le asestó el joven.

Hilda cayó sobre el diván, chillando espantada.

—¡Calla, estúpida, o romperé el garrote en tus costillas! Dime, ¿quién es ese jefe a quien tenías que ver?

—Eric el Ruso —dijo ella, despavorida, sin intentar tan siquiera resistir.

—Eric el Ruso, ¿eh? —repitió el joven—. Pues ya lo veré yo en tu lugar.

—Es un hombre muy peligroso.

—¿Y yo qué soy? ¿Un premio Nobel de la Paz? Gracias por tus informes —sonrió sarcásticamente el joven—. Se lo haré constar así a Eric.

Tiró la pata de la silla a un rincón y durante unos segundos contempló divertido los estragos que la pelea había causado en la habitación.

Después se dirigió hacia el teléfono y cogió el cable, arrancándolo de un tironazo. Acto seguido se encaminó hacia la puerta.

Con la mano en el pomo, se volvió hacia la cantante, la cual continuaba todavía en el sillón.

—¡Adiós, preciosa! Espero que la próxima vez que nos veamos sea en unas circunstancias más pacíficas que éstas.

—¡Muérete, bastardo! —barbotó ella, cogiendo un búcaro que tenía al alcance de la mano.

Douglas rió desde el otro lado de la puerta al escuchar el chasquido de la porcelana al romperse contra la madera. Se encaminó hacia el ascensor.

En tanto bajaba, examinó, con el ceño fruncido, los destrozos que había sufrido en su indumentaria. Se dijo que no tenía otro remedio que renovarla, y, una vez en la calle, tomó un taxi que le llevó a su casa directamente.

Allí se rehízo de los estragos que en sus ropas había causado la pelea. Antes, sin embargo, llamó por teléfono a Mac Laine, dándole la dirección y contándole lo que le había sucedido en el domicilio de la cantante y pidiéndole detuviera a Ranz y a su compinche.

—Lo haré —le prometió el teniente—, aunque estoy seguro de que antes de mañana se habrá presentado un abogado con un recurso de *habeas corpus*.

—Bueno, pero de momento me quita usted de la circulación a esa pareja. A propósito, ¿qué sabe usted de Eric el Ruso?

—Hasta ahora no hemos tenido nada que ver con él, aunque sabemos que ha estado sumariado un par de veces fuera de este estado. Pero con nosotros se ha portado bien. Sin embargo, tenga mucho cuidado. Es un bicho muy peligroso.

—Cuando vea a sus hombres se dará cuenta de que yo también lo soy, Mac Laine.

El acento del policía no tenía nada de optimista al contestar:

—Las cosas le han salido bien una vez, pero no siempre le sucederá lo mismo, Pentecost. Tenga mucho cuidado. Esos tipos son de los que no perdonan. Particularmente, me alegro de la paliza que les dio a Ranz y a Tirello, pero no debiera haberlo hecho así.

—Entonces hubieran sido ellos los que me hubieran apaleado a mí, Mac.

—Quizá si se hubiera explicado...

—La cantante no me dejó una opción tan siquiera. Los azuzó contra mí como si fueran un par de lobos. ¿Qué otra cosa quería que hiciera?

—Bueno, bueno, tenga cuidado, Douglas. Ahora mismo enviaré a detener a esa pareja. Lástima que mañana a estas horas estarán ya en la calle.

—Pero si esta noche quedan fuera de circulación me habrá hecho usted un inmenso favor, Mac. Gracias y hasta la vista.

Estuvo pensando unos momentos antes de resolverse a actuar de nuevo, y al fin decidió que le convenía esperar. Tenía sus razones para ello.

La Calle Novena, en donde estaba situado El Buen Marinero, el bar propiedad de Eric el Ruso, estaba situada en la parte más antigua de la ciudad, y en torno a la misma se había desarrollado una especie de barrio bohemio, una especie de Montmartre de París, Greenwich Village, de Nueva York, con sus pretensiones de intelectualidad, que en sus principios, sobre todo en época de posguerra, había tenido un cierto éxito, pero que ahora iba de capa caída. No obstante, Douglas sabía que El Buen Marinero era uno de los establecimientos que aún sostenían favorablemente la bandera de la bohemia, más para atracción de incautos y forasteros que por un sentido real de tal estado de cosas. Ahora bien, habiendo visto que intervenían en el asunto tipos como Ranz y el pequeño Tirello, después de saber que Eric el Ruso era el jefe de una banda cuya finalidad desconocía por el momento, después de enterarse de que Hilda estaba relacionada con aquél y que los dos, en fin, tenían algún nexo de unión con la muerte de Keeler, era fácil deducir, pues, que en aquel antro se desarrollaban otras actividades que las pretendidamente artísticas.

A las siete en punto, cuando la actividad en El Buen Marinero estaba en pleno apogeo, Douglas hizo su entrada en el mismo.

Era preciso descender media docena de escalones pues el local estaba situado en un semisótano. Douglas pensó que Eric estaría ya advertido de su encuentro con la pareja de forajidos, pues ya habían transcurrido más de tres horas, pero ello no le importó, pues había dejado pasar deliberadamente el tiempo con el fin de no fallar en el encuentro con el dueño del establecimiento.

Arrugó la nariz al entrar en contacto con la espesa atmósfera. Un denso olor a sudor, licores y tabaco hirió su pituitaria.

Tal como había calculado, El Buen Marinero estaba casi totalmente lleno. En un tabladillo levantado en el ángulo opuesto a la entrada había un piano, sentado ante el cual estaba un individuo vestido con un espeso suéter, a pesar del calor que allí reinaba, y con una pipa entre los dientes. Los rizos negros de su frondosa cabellera le caían sobre la frente, tapándole casi la visión, pero esto no parecía importarle mucho al concertante.

Apoyada de caderas en el piano, una muchacha de largos cabellos rubios cantaba con voz monótona una canción francesa que nadie parecía escuchar. Tenía el vestido desgarrado por uno de sus

costados hasta bastante más arriba de la rodilla, y en la mano sostenía una rosa encarnada.

La gente no parecía hacer mucho caso de la canción de la cantante. Ésta seguía impertérrita con su melopea, como si en lugar de hallarse en aquel infecto tugurio se encontrase en el Morocco de Nueva York. Todo eran conversaciones y diálogos en voz alta, y las notas de la música resbalaban con indiferencia sobre los tímpanos de los concurrentes.

Abriéndose paso entre la espesa muchedumbre que abarrotaba casi el local, Douglas consiguió situarse casi al pie del tablado, en una mesa que encontró milagrosamente vacía. Al momento acudió un camarero, que torció el gesto al serle pedida una simple botella de cerveza.

La cantante terminó de actuar, y su melodía fue acogida con unos corteses aplausos. Se inclinó un par de veces y luego descendió del tablado, contoneando las caderas.

Douglas la vio venir hacia su mesa y se sorprendió mucho de ello, aunque exteriormente no lo manifestara. Se puso en pie.

—¿Me invita a un trago? —dijo la cantante, con voz dulce y profunda.

—Y a dos también, si es preciso —repuso el joven, dándose a todos los diablos.

El camarero vino, trayendo mecánicamente una botella y un vaso. La cantante lo levantó y le sonrió largamente.

—Por usted, Douglas Pentecost, y por qué salve de la cámara de gas a Lorelei DeWitt.

El joven respingó, muy a su pesar.

—¿Me conoce usted? —dijo.

Ella sonrió, haciendo aletear sus párpados, espesamente cargados de rímel.

—Y a Lorelei también. De la universidad.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo? Yo no recuerdo nunca haberla visto por allí.

—Yo iba varios cursos más atrás que usted, Pentecost. Pero ahora eso es lo de menos. Sé qué es lo que pretende.

Las manos del joven se crisparon.

—¿Quién se lo ha dicho? —inquirió, roncamente.

—¡Qué importa eso ahora! Aquí se oyen muchas y muy

substanciosas cosas, si una sabe utilizar los oídos. Pero es conveniente siempre guardar la boca cerrada, excepto en el caso presente. Usted y Lorelei me son simpáticos.

A pesar de las palabras de la cantante, Douglas no abandonó su guardia de recelos. Estaba empeñado en una partida muy dura, y no podía descuidarse.

—¿Cómo se llama usted?

—Dígame Ella. Es suficiente.

—Bien, Ella. Y ahora que ya nos conocemos, ¿qué es lo que tenía que decirme? Porque supongo que no ha venido aquí para saludarme solamente, ¿verdad?

La muchacha asintió.

—Es muy sencillo. Tenga mucho cuidado con el Ruso. Nada más, Pentecost. Y ahora, dispénsame. Tengo que actuar de nuevo.

Ella se levantó y corrió hacia la escalinata de acceso al tablado. Rompió a cantar cuando estaba a mitad de camino; mirando fijamente al joven, al mismo tiempo que le sonreía de modo significativo.

Pero, en aquel momento, la atención de Douglas se vio desviada súbitamente.

—¿Señor Pentecost? —dijo una voz por encima de su cabeza.

El joven se volvió. Un camarero estaba inclinado respetuosamente sobre él.

—El mismo —dijo, secamente.

—Tenga la bondad de seguirme —dijo el individuo—. El señor Stepanov le está aguardando en el despacho.

En el primer momento, Douglas no comprendió. No conocía al tal Stepanov que acababa de nombrarle. Más pronto relacionó aquel apellido de origen ruso con el dueño del local.

Sonrió y se puso en pie.

—Gracias —dijo, sacando un billete de su bolsillo.

El camarero extendió su mano.

—Por favor, señor Pentecost. El señor Stepanov ha tenido mucho gusto en invitarle. Sígame, por favor.

Douglas accedió. Sacó un cigarrillo y le prendió fuego, en tanto sorteaba las mesas, siguiendo el camino que le trazaba el camarero.

CAPÍTULO VI

No podía negarse la ascendencia del dueño del local. Eric Stepanov era un individuo de mediana estatura y corriente complexión, cuyos rasgos más salientes eran sus salientes pómulos y la oblicuidad de sus ojos, de destellantes pupilas negras. Douglas supo al instante que se hallaba ante un ruso de origen siberiano o mongol —por lo menos lo habían sido sus ascendientes próximos—, a quien le gustaba incluso exagerar la nota, pues llevaba el cráneo completamente afeitado.

«Una mala imitación del Brynner ése», pensó para sí, en tanto estrechaba la mano de Stepanov.

—Siéntese —le dijo éste, tras las primeras palabras de saludo y mutuo tanteo—. Celebro mucho conocerle, señor Pentecost.

—Digo lo mismo, señor Stepanov —respondió el joven, con fría cortesía.

El Ruso se echó a reír.

—Alguien existe que no puede celebrar el haberle conocido a usted, ¿verdad, señor Pentecost?

—No he vuelto a hablar con los interesados después de nuestra entrevista.

—Fueron muy torpes al atacarle a usted. ¿Por qué habían de hacerlo? No le habían visto nunca ni le conocían, ni, además, tenían motivo alguno para meterse con usted, señor Pentecost.

—Se conoce que los tiene usted muy bien entrenados. Fue la señorita Thomas la que los azuzó contra mí. Obedecen a la voz de sus amos que es un contento, sin pararse en mirar las consecuencias.

Stepanov frunció el ceño.

—Ya les he dicho unas cuantas cosas, señor Pentecost. Por mi parte, le pido mil disculpas por lo que le hicieron.

—De acuerdo. Y ahora, creo que me había llamado, señor

Stepanov.

—Es cierto —dijo éste—. Hilda me ha contado las dos conversaciones que han sostenido ustedes. Sobre todo, la parte que se refiere a la agenda que el asesino arrebató al desgraciado señor Keeler. Creo que usted la anda buscando, ¿no es así?

—Ciertamente —repuso el joven, sin saber dónde iba a parar su interlocutor.

—Muy bien. Yo puedo, pues, decirle dónde está esa agenda. Incluso estoy en condiciones de facilitársela.

Douglas respingó.

—¿Está seguro de lo que dice, señor Stepanov?

El Ruso dejó escapar una suave sonrisita.

—No suelo hablar a humo de pajas, amigo.

—Supongo, entonces, que tratará de pedirme una compensación por ese documento.

—¿Compensación? —rió Stepanov—. No sea ingenuo, amigo mío. El único interés que me guía al proporcionarle ésa tan buscada agenda es el de tratar de que resplandezca la justicia y la señorita DeWitt se vea libre de las acusaciones que pesan sobre ella.

—La señorita DeWitt, sin duda, sabrá recompensarle espléndidamente si logra, como espero, salir absuelta. No he hablado con ella al respecto, pero puedo asegurárselo en su nombre.

—Me basta con verla libre, amigo Pentecost —dijo el Ruso—. Y ahora, querrá saber dónde está la agenda de Keeler, ¿verdad?

Douglas asintió con la cabeza, sin dejar de mirar a su oponente, de cuyo rostro no se borraba aquella enigmática sonrisa que era una de sus principales características.

—Bien —dijo el Ruso—. Pues... ¡aquí está la agenda!

Stepanov se inclinó ligeramente hacia su derecha y tiró de uno de los cajones de la mesa del despacho, tras la cual se hallaba parapetado.

Por un instante, Douglas se envaró, poniéndose completamente rígido. Temió una asechanza de Stepanov, acaso una pistola, pero no sucedió absolutamente nada.

El Ruso se enderezó con una libreta de tapas oscuras, de piel, en la mano. La agitó unos instantes, golpeándose levemente con ella la palma de la mano opuesta, y luego la arrojó sobre la mesa.

La agenda resbaló sobre el pulido vidrio hasta las manos del

joven. Douglas la tomó con expresión atónita, no acabando de creer lo que le estaba sucediendo.

—Tómela usted, señor Pentecost. Con toda confianza.

Douglas pasó con el pulgar las hojas de la libreta, la cual era de un tamaño ligeramente superior al normal. Después, una súbita sospecha invadió su cerebro y miró con ojos recelosos a su interlocutor.

—¿Cómo sabré yo que es ésta la libreta que ando buscando? —inquirió.

Stepanov se echó a reír.

—Sabía que me haría esa pregunta. Muy lógico; por otra parte, pero ábrala y busque la fecha del día 25 de abril.

Douglas obedeció. Unos instantes más tarde, exclamaba:

—¡No está!

—Naturalmente. Como que es la hoja que quedó en la mano del muerto, ¿lo recuerda?

El joven miró ceñudo a su interlocutor.

—Parece ser que sabe usted demasiadas cosas, señor Stepanov.

Éste hizo un gesto desdeñoso.

—Mi profesión me obliga a ello. Aunque no quiera. Si usted fuera el dueño de un local como éste, le sucedería exactamente lo mismo.

—¿Cómo llegó esta libreta a su poder?

—¿Tiene eso ahora alguna importancia? Lo realmente práctico es que ahora la tiene usted y que con ella en la mano podrá esgrimir un arma poderosa con la cual conseguir la total y definitiva absolución de la señorita DeWitt.

—El señor Graham, su defensor, querrá saber, sin duda, más detalles.

—¿Es que no tiene suficiente con esa condenada agenda? ¿Para qué más?

—Quizá tenga usted razón, pero la Policía, en este caso, tendrá que hacer nuevas indagaciones. A ella no podrá usted darle la misma respuesta que a mí, señor Stepanov.

El Ruso hizo un gesto como diciendo: «¡A mí qué se me da de la Policía!». Luego, contestó:

—Ya me las entenderé yo con ellos, no se preocupe. Usted llévese la agenda y no se preocupe de más. ¿No era eso lo que

andaba buscando con tanto ahínco?

—Parece que está usted muy bien enterado de mis pasos — murmuró el joven, muy pensativo—. Sí —levantó la voz—, esto era lo que quería. Gracias por habérmelo proporcionado.

Stepanov se puso en pie.

—No tiene por qué dárme las. Señor Pentecost, he tenido mucho gusto en conocerle.

—Puedo decir lo mismo, señor Stepanov. Cuente desde ahora con mi agradecimiento, y, por supuesto, con el de la señorita DeWitt. Espero, además, que ésta se lo demuestre de forma más práctica que con unas simples frases de cortesía.

Stepanov agitó la mano con desdén.

—¡Bah! No tiene la menor importancia. Lo único que deseo vivamente es poder servirle, personalmente, una botella de champaña en mi establecimiento. Ésa es la recompensa que le pido.

Douglas sonrió.

—En lo que de mí depende, cuente usted con ello. Gracias otra vez y hasta la vista.

El joven se dirigió hacia la puerta. Salió del despacho, sintiendo clavados en su nuca los ojos de Stepanov, pero resistió a la tentación de volverse.

Una vez en el corredor, estrecho, y no muy bien iluminado, Douglas se detuvo para encender un cigarrillo. Mientras lo hacía, meditó acerca de los extraños sucesos que acababan de acaecerle en tan escasos minutos. La entrevista con Ella, su advertencia respecto a Stepanov, las palabras de éste, la entrega de la agenda tan fácil y sin ningún inconveniente... ¿No encerraría la melosa actitud del dueño del local alguna añagaza?

La encerraba, desde luego, y demasiado tarde se dio cuenta de ello.

Sonaron unos pasos en el corredor, amortiguados por unas gruesas suelas de caucho.

Se volvió, justo para ver un rostro animado por una furia demoniaca. Una mano enarbolaba una corta matraca, la cual descendió con terrible fuerza sobre su frente.

Un segundo esbirro recogió el cuerpo inerte del joven, procurando que no cayera al suelo, con el fin de evitar el ruido que la caída habría de producir inevitablemente. Después, los dos

individuos cargaron con Douglas y penetraron en el despacho de Stepanov, arrojándolo entonces, sin ninguna conmiseración, sobre el alfombrado pavimento.

Uno de los esbirros era Ranz, quien todavía mostraba las señales de la paliza que le propinara el joven con la pata de la mesa. Miró el cuerpo inerte con furia y levantó el pie con ánimo de machacarle el rostro.

—¡Quieto! —exclamó Stepanov.

—¡Ese maldito bastardo! —renegó el rufián.

—Dentro de poco tendrás ocasión de saldar todas tus deudas. Cogedlo y lleváoslo. Procurad hacer las cosas bien y que no quede el menor rastro, ¿entendido? El río es profundo, y antes de que suelte su presa, pasará tiempo suficiente para que todo el mundo se haya olvidado de este condenado fisgón.

—De acuerdo —refunfuñó Ranz, muy molesto, al parecer porque el Ruso no le permitía saciar sus instintos en aquel cuerpo indefenso.

Stepanov se inclinó sobre Douglas y le registró, apoderándose de nuevo de la agenda. Retrocedió un paso y le miró, sonriendo con diabólica expresión.

—¡El muy imbécil! —masculló—. Se necesita ser idiota como para pensar que iba a cederle esta agenda así como así. ¡Vamos, lleváoslo de una vez!

Los dos hombres cargaron con el desvanecido y salieron del despacho por una puertecita lateral.

Apenas se hubo quedado solo, Stepanov se encaminó al teléfono. Marcó un número, y luego se sentó con aire negligente en el borde de la mesa.

Sonrió cuando le contestaron.

—Stepanov —respondió.

Y al momento, oyó una sonora imprecación al otro lado del hilo, acompañada de unos cuantos insultos muy bien escogidos.

—No es preciso ofender, amiguito —dijo, riendo a mandíbula batiente—. Está muy escocido, ¿verdad? Sí, tengo alguna noticia interesante que comunicarle. ¿Pentecost? Acaba de irse, bien acompañado. Hemos quedado completamente de acuerdo. Ya no volverá por aquí. ¿Que cómo lo sé? Pues, digamos que porque él me lo ha asegurado... ¿La agenda? ¡Ah, sí, qué descuidado soy! Ya la

había olvidado... No, no tenga miedo, está en mi poder. Ya sé que la quiere usted, pero eso le ha de costar bastante... ¿Cuánto? Doscientos cincuenta.

Hubo una pausa. Luego, un rugido de cólera brotó a través del auricular.

El Ruso se echó a reír nuevamente.

—He dicho doscientos cincuenta de los grandes y no rebajo ni un solo centavo. Usted perdería muchísimo más si yo entregara efectivamente esa agenda a quien debiera entregarla. ¡Ah! Y los quiero en billetes. Nada de cheques que luego se anulan... ¿Que necesita tiempo para reunir esa cantidad? ¡Oh, no! Con cuarenta y ocho horas tiene más que suficiente. Pasado mañana, a esta misma hora, quiero el dinero aquí o, de lo contrario, enviaré la agenda a la Policía... No, eso sí que no. Le cederé únicamente la parte de la misma que se refiere a usted. El resto me lo quedará yo. Se le puede sacar un buen rendimiento y no voy a ser tan estúpido que lo desaproveche... Por supuesto, la examinaremos entre los dos... Bien, ya lo sabe. Pasado mañana, a las ocho de la noche. Le espero sin falta, amigo, y recuerde que usted tiene mucho que perder, mucho más que yo. Adiós.

Stepanov colgó el teléfono, y luego se frotó las manos con aire complacido.

—Un magnífico, magnífico negocio —musitó, entre dientes.

Se fue hacia un ángulo de la estancia, en donde tenía disimulada una caja fuerte y guardó allí la agenda, después de lo cual se dedicó tranquilamente a la tarea de dirigir el establecimiento.

Mientras tanto, Douglas se hallaba a bordo de un automóvil, sentado en el asiento posterior, entre Ranz y el otro esbirro. Un tercer pistolero conducía el vehículo, deslizándose a una moderada marcha de unos sesenta u ochenta kilómetros a la hora, por una carretera amplia y bastante transitada que corría en dirección noroeste.

Douglas se despertó, sintiendo un vivo dolor en su cabeza. Trató de moverse, pero en el mismo momento una fuerte mano engarfió sus dedos en torno a su brazo, al mismo tiempo que sentía en su costado la dura presión de una pistola.

—No te muevas o te aso aquí mismo —dijo uno de los pistoleros.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó el joven.

—¿No te lo imaginas? —se le burló Ranz—. El río Chalk es muy hondo y apto especialmente para ocultar a tipos entrometidos como tú.

—Sería mejor que lo llevásemos por la zona pantanosa —dijo el otro esbirro, con tono sosegado—. Hay arenas movedizas que...

—No —dijo, resuelto, Ranz—. El jefe dijo que al río y al río irá. Además, las arenas acaban escupiendo los cadáveres, y éstos salen a la superficie en poco tiempo. Una buena piedra en los pies de este fisgón servirá para mantenerlo en el fondo de las aguas para siempre.

—De todas formas, opino que las arenas movedizas son mejor —se lamentó el otro pistolero.

—Ni hablar —contestó Ranz, bruscamente—. Hace algunos años, cuando estaba en Poplar City, hicimos algo parecido con un fulano que estorbaba. Le baleamos la sesera y luego echamos su cuerpo a una ciénaga que había en las afueras de la ciudad. Eran arenas movedizas casi todo, y, lo creas o no, el tipo salió a la superficie unas doce horas más tarde. ¡Menudo lío se organizó! Con decirte que todos los que componíamos la banda tuvimos que salir de estampía de allí.

El coche continuaba rodando por la autopista de una forma completamente normal. Douglas comprendió que los pistoleros no querían llamar la atención de algún policía caminero, cosa que inevitablemente hubiera sucedido si la velocidad hubiera sido superior al límite.

Un cuarto de hora más tarde, el conductor metió el coche por una carretera secundaria, en buen estado, sin embargo, pero de escaso o nulo tránsito en aquellos momentos. No obstante, continuó manteniendo la misma velocidad: unas cincuenta millas a la hora.

Un coche pareció alcanzarles, puesto que sus faros guiñaron, bruscamente, pidiendo paso. El piloto se desvió ligeramente a la derecha, para permitir una mayor amplitud al vehículo seguidor. Éste les alcanzó a los pocos segundos, y durante unos instantes, los dos automóviles se mantuvieron a la misma altura.

Súbitamente, el otro conductor se desvió hacia su derecha. Estalló una imprecación.

—¡Eh! ¿Qué hace ese estúpido? ¿Es que no nos ha visto? ¡Oiga,

idiota!

El chófer no tuvo tiempo de decir más, dedicado por completo a mantener el control del vehículo. El otro coche lo empujó implacablemente con sus guardabarros hacia la cuneta.

Un ruido estremecedor de metales chirriando hirió los tímpanos del joven. Del interior del automóvil en que viajaba se elevó un alborotador coro de juramentos.

Pero el otro conductor no cejaba en su maniobra. Ranz maldijo profundamente, al mismo tiempo que levantaba su pistola con ánimo de disparar al entrometido.

Aquella era la ocasión que Douglas estaba esperando. Sin dudarle un solo segundo, se agarró con todas sus fuerzas a la muñeca del pandillero, impidiéndole hacer uso de su arma.

Los dos hombres comenzaron a forcejear, pero poco más pudieron hacer.

Súbitamente, el automóvil empezó a dar una serie de espantosos tumbos. El joven se vio arrojado como una pelota por el interior del coche, revuelto en espantosa confusión con sus dos custodios.

El automóvil, perdida por completo la dirección, se salió de la carretera, saltando y rebotando de un modo horroroso, en tanto que toda su carrocería parecía ir a deshacerse en mil pedazos. Un vidrio estalló con vibrante sonido, casi musical, y, al instante, se oyó un sordo y aterrador gorgoteo.

Douglas intuyó que el vuelco era inevitable. Encogiéndose sobre sí mismo, trató de protegerse la cara y el cráneo, colocándose los brazos sobre los mismos. Alguien lanzó un espantoso aullido de dolor.

El automóvil, lanzado a ochenta por hora, chocó contra un invisible obstáculo. Se levantó de morro y luego acabó dando un par de vueltas sobre sí mismo, con un fenomenal estruendo de hierros abollados y vidrios rotos.

Hubo un par de saltos más, y luego todo quedó absolutamente inmóvil. El estruendo del accidente se fue apagando poco a poco hasta ser substituido por un espeso silencio.

Douglas sacudió la cabeza, tratando de coordinar sus pensamientos. Tenía todo el cuerpo envarado y lleno de dolores. Un tufillo peculiar asaltó su pituitaria, y al reconocerlo, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

El automóvil estaba tumbado de costado. Douglas forcejeó, pisando algo blando que no se movió siquiera. Alargó la mano y abrió la portezuela, echándola a un lado. Sentía que la sangre le corría por distintos sitios de su cuerpo, pero no podía entretenerse en averiguar la cuantía y extensión de las heridas. El peligro de la gasolina que continuaba fluyendo era demasiado obvio para perder un solo segundo.

Pasó el cuerpo a través del hueco de la puerta. Se dejó caer al suelo, y el choque le levantó una nueva oleada de dolores. Dominándolos como pudo, se arrastró por la tierra, ayudándose con las manos y las rodillas.

Un automóvil se acercó, retrocediendo. Douglas trató de erguirse y hacerle señas con la mano, pero el esfuerzo le resulto pesado y cayó de bruces. Sollozó, rabioso por su propia impotencia.

Unos pasos blandos sonaron en la hierba junto a la carretera. Vagamente, el joven entrevió la silueta de una mujer. Unas manos ansiosas le tiraron de los cabellos. El pavonado metal de una pistola brilló ante sus ojos, reflejando el rayo de luz de una lejana estrella.

—¡Usted! —Oyó una voz femenina—. ¡Gracias a Dios! ¡Temía que...!

Con enorme sorpresa por su parte, Douglas reconoció en la mujer que se inclinaba sobre él a Ella, la cantante de El Buen Marinero. Pero casi en el acto, Ella se interrumpió.

—¡Cuidado!

Una espantosa maldición sonó a sus espaldas. Douglas se volvió.

Ranz había salido del coche. Presentaba un aspecto horroroso, cubierto de sangre de pies a cabeza, desgarradas las ropas. En su mano empuñaba una pistola.

Ella soltó una maldición.

—¡Perro!

Y apretó el gatillo.

Ranz lanzó un feroz aullido, que fue acallado prestamente por las detonaciones de la pistola de la cantante.

Fascinado por el horrible espectáculo, el joven pudo ver los estremecimientos del cuerpo del forajido, sacudido por los proyectiles a medida que éstos le iban penetrando en el cuerpo. Al fin, con un ronco gemido, Ranz se desplomó de bruces, sin un solo movimiento más.

Pero no había terminado aún la cosa. El otro pistolero se asomó por la abierta portezuela, empuñando también un arma.

Ella lanzó un grito.

—¡Échese al suelo, Pentecost!

El joven obedeció, sin saber lo que se hacía. Sonó un disparo.

Entonces ocurrió algo increíble. Una feroz llamarada, acompañada de un poderoso rugido, se elevó del coche caído. El pandillero lanzó un agudísimo alarido al verse envuelto por las llamas de la gasolina.

Douglas comprendió en un instante lo sucedido. El esbirro de Stepanov había disparado, sin apercibirse de que todo aquel sector estaba invadido por los vapores del combustible derramado al reventarse, en el accidente, el tanque que la contenía. Había bastado la simple llamarada del disparo para prender fuego a aquel líquido eminentemente volátil.

Horrorizado, lleno todo su ánimo de espanto, Douglas contempló espeluznado el espectáculo del individuo ardiendo como una tea humana, sin poder hacer nada por evitarle tan horrible suerte. Los gritos del desgraciado atronaron la noche, trágicamente iluminada en rojo, pero muy pronto se apagaron cuando, perdiendo el conocimiento, el rufián se desplomó al fondo del coche.

La mano de Ella tiró de sus ropas.

—¡Vamos, Pentecost, póngase en pie! Yo le ayudaré.

Douglas obedeció, sintiendo que los dolores le volvían al moverse.

Renqueando, ayudado por la muchacha, se dirigió hacia la carretera. Ella le abrió la portezuela, ayudándole a sentarse en la parte delantera, a la derecha del puesto del conductor.

La muchacha dio la vuelta al coche y se sentó ante el volante. Dio el contacto y embragó, arrancando como una flecha.

En pocos segundos perdieron de vista aquel lugar donde acababan de morir tres hombres. Las llamas que devoraban el automóvil y los dos cadáveres que quedaban en su interior se esfumaron bien pronto en la oscuridad de la noche.

Douglas no habló, apenas si tenía fuerzas para mantenerse erguido en el asiento. Los dolores continuaban, pero estaba seguro de que no era nada grave, sino más bien la consecuencia de las magulladuras sufridas en el vuelco. Ella condujo el automóvil por

un camino distinto al que había seguido, describiendo un círculo completo que les llevó, una hora más tarde, a la entrada de la población.

—Dígame dónde vive usted y le llevaré hasta allí.

Douglas asintió y le dio su dirección. De forma moderada, la muchacha condujo el automóvil, frenándolo ante la casa en donde vivía el joven.

Antes de que éste se apeara, Ella le miró fijamente.

—Vi cómo se lo llevaban esa pandilla de asesinos, pero no estaba dispuesta a permitir que lo matasen en tanto yo pudiera. Por eso, en cuanto arrancaron, yo les seguí con mi coche. Estuve pensando en la forma mejor de estropearles el plan, y sólo se me ocurrió aquélla. Era arriesgada pero también la única.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Douglas, con voz débil.

Ella no contestó. Una tenue sonrisa apareció en su rostro, apenas iluminado por la fosforescente luz de los instrumentos de a bordo.

La muchacha volvió a sonreír. De pronto, su rostro se puso serio súbitamente. Antes de que Douglas pudiera darse cuenta de lo que Ella iba a hacer, sintió el suave contacto de unos frescos labios con los suyos.

La cantante se retiró. Roncamente, dijo:

—¡Váyase, váyase a su casa, pronto!

Completamente desconcertado, Douglas salió del coche, empujado por la cantante de modo muy distinto al que había utilizado para tratarle unos segundos antes. Trastabilló, y antes de que él hubiera podido recobrar el equilibrio, el coche arrancó con un sonoro rugido de su motor.

A su pesar, Douglas permaneció en pie en el borde de la escalera, contemplando las rojas luces de cola del vehículo hasta verlas desaparecer. Después, con un hondo suspiro, se encaminó hacia su casa.

CAPÍTULO VII

Douglas llegó completamente deshecho a su apartamento. Una vez en él, lo primero que hizo fue encaminarse al cuarto de baño, en donde se desnudó, examinándose detenidamente todo el cuerpo.

Lo tenía lleno de magullones y rasguños. La ducha de agua casi helada le hizo sentir primeramente frío, aunque después le hizo reaccionar visiblemente al darse unas cuantas fricciones de alcohol por la epidermis. Apretó los dientes al sentir el escozor en las heridas, pero continuó impertérrito hasta concluir. Hecho esto, se tapó con tafetán los rasguños más aparatosos, después de lo cual, sintiéndose enormemente cansado, se dirigió a su dormitorio, no sin antes haber asegurado la puerta del apartamento con doble llave, para evitar desagradables e intempestivas sorpresas.

Durmió como un tronco. Era ya muy de día cuando despertó, y sin vacilar, se dio una nueva ducha, renovando después los apósitos. Se afeitó, vistiose de nuevo de arriba abajo, y luego, sintiendo un apetito feroz, decidió tomarse un buen desayuno.

Sin embargo, no quiso hacerlo en su apartamento. Quería leer los periódicos, y, al efecto, en la calle, compró en el primer quiosco que encontró al paso un ejemplar de *The Melton Censor*.

Sentado ante una mesa, en la cual había un abundante servicio, leyó mientras saciaba su apetito. Los titulares eran bien escandalosos al referirse al *accidente* de la noche pasada, al cual calificaba el reportero de casual, añadiendo, por su cuenta, que no se excluía la posibilidad de que el conductor se hallase bebido, lo que muy bien podría haber originado la catástrofe.

En la tercera página podía leerse una entrevista con el teniente Mac Laine, el cual había declarado que tenían una nueva pista para esclarecer definitivamente el caso Keeler-DeWitt. Añadía el teniente que, en su opinión, Lorelei era inocente, cosa que no se atrevía a manifestar tan rotundamente el fiscal, también interrogado en la

misma página, cuyas declaraciones eran más cautas, incluso de un innegable aire sibilino, destinado, evidentemente, tanto a sembrar la duda en el lector como a salvaguardar su futura posición, fuera cual fuera el resultado de la investigación.

Nada más había allí que pudiera interesarle, salvo las acostumbradas pruebas de cohetes en Cabo Cañaveral y las interminables conversaciones entre Oriente y Occidente. Dobló el periódico, lo arrojó a la papelera más próxima y terminó de desayunar, después de lo cual se encaminó a la Jefatura, pidiendo ver a su amigo el policía.

Mac Laine se quedó viendo visiones cuando el joven le explicó lo sucedido.

—Quiero —terminó Douglas— que me consiga usted informes acerca de esa muchacha. Ella dice que me conoce, lo mismo que a Lorelei, de la universidad, lo cual puede ser muy cierto. Sin embargo, no es su vida pasada la que me interesa, sino la actual. ¿Qué clase de relación tiene ella con Stepanov y su pandilla?

—Ése es un detalle que, efectivamente, será necesario investigar —repuso, pensativo, el policía—. Le prometo hacerlo y tenerle al corriente de lo que suceda, Pentecost.

—Además, necesito que me facilite usted también una pistola y su correspondiente licencia. Después de lo que me ha sucedido ayer, comprenderá que no puedo ir alegremente con las manos en los bolsillos, ¿entiende?

—Se lo solucionaré en unos momentos. Y ahora, dígame, ¿qué piensa hacer con respecto a la agenda? Usted dice que se la vio a Stepanov.

—Así es, pero no sé si dejar la reclamación por vía oficial o verle yo en persona. Después de lo de anoche, en que murieron tres de sus esbirros, el tipo tiene que estar quebrantado a la fuerza.

Mac Laine hizo una mueca.

—Podríamos obtener un mandamiento oficial para registrar su domicilio, pero es un tipo muy listo, y como sepa que se ha salvado usted, la habrá escondido donde no podamos hallarla.

—Entonces, se la pediré yo. Y le aseguro que ahora...

—No, no lo haga —objetó Mac Laine—. Es indudable que el tipo se halla involucrado en el asunto Keeler. Déjele un día o dos, que pasarán bajo nuestra continua vigilancia, y luego actuaremos.

Ahora tiene que estar muy receloso y sospecharía de cualquiera que le hiciese la menor insinuación en este sentido.

Douglas se puso en pie.

—De todas formas, por la noche pienso darme una vueltecita por El Buen Marinero.

Mac Laine emitió una sonrisita.

—Yo también iré. He estado muy pocas veces allí y siento necesidad de conocer más a fondo ese antro. Aguarde un momento. Le daré la pistola y la licencia.

—Déjelo para más tarde. Ahora quiero ir a ver a la señorita DeWitt y no me gustaría que se sepa que llevo un arma al tenerla que depositar en la guardia de la cárcel mientras dura la visita. Volveré más tarde a recogerla.

—Cuando lo haga, lo tendrá todo listo, Pentecost.

Una vez en la calle, el joven hizo un pequeño examen de su situación económica, acabando por decidir que necesitaba hacerse con algún dinero, ya que apenas si llevaba encima. Reflexionó melancólicamente y se estremeció al pensar en el golpe bajo que le iba a asestar a su menguada cuenta corriente.

«Pero no tengo otro remedio. Aquí nadie fía las comidas ni la cuenta de teléfonos», pensó.

Extrajo un par de cientos de dólares. Cuando estaba a punto de retirarse de la ventanilla de pagos, vio abrirse la puerta del director del banco y a un hombre que salía por ella.

Robert Graham tenía la expresión ceñuda y parecía muy preocupado por algo. Llevaba una cartera bajo el brazo, y hubiera pasado por el lado de Douglas sin verle de no haberle llamado éste.

—¡Señor Graham!

El abogado levantó la cabeza. Al reconocer a Douglas, compuso una sonrisa de circunstancias.

—¡Ah, es usted! —exclamó—. Buenos días, Pentecost. ¿Qué hace usted por aquí?

—Necesitaba un poco de dinero y vine a sacarlo de mi cuenta.

—Si precisa más, dígamelo —añadió, amablemente, el abogado—. La señorita DeWitt no tendrá inconveniente en aprobar la cuenta de gastos que yo le presente.

—¡Oh, no, muchas gracias, no es necesario! Únicamente le vi y quise saludarle. Aunque, si no es indiscreción, me parece que le veo

muy preocupado.

Graham lanzó un suspiro.

—¡Y tanto, muchacho, y tanto! Había hecho unas inversiones en valores, creyendo que podrían darme buen resultado, y el caso es que han dado un bajón enorme. No sé cómo me voy a justificar ante la señorita DeWitt. Hasta ahora, mis consejos en materia financiera habían resultado siempre acertados. No me explico este fracaso, no me lo explico.

—¡Bah! —dijo Douglas—. Ya volverán a subir. Además, no creo que a ella le preocupe ahora mucho la pérdida de unos cuantos miles de dólares. Los daría a gusto con tal de que se resolviera definitivamente su situación. En sentido favorable, por supuesto.

—Ya lo creo. Y a propósito, ¿qué ha adelantado usted?

—Poca cosa, señor Graham. Tuve la agenda en mis manos y me la arrebataron con malas artes.

El abogado levantó las cejas, muy sorprendido.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que está diciendo, Pentecost?

—Lo que oye, señor Graham. Pero, por el momento, permítame que no sea más explícito. Quizá dentro de un día o dos pueda contárselo todo con el mayor detalle.

Graham se envaró.

—Parece ser que está olvidando que el abogado de la señorita DeWitt soy yo —dijo.

—No, no lo olvido, pero precisamente por eso mismo, quiero ahorrarle ese posible disgusto. Hay una banda de gánsteres que está complicada en el asunto y...

—A mí no se atreverían a tocarme el pelo de la ropa —dijo Graham, con infatuado gesto.

—No lo asegure tanto. Esos tipos no se detienen ante nada, y puedo decirlo por propia experiencia. Bien, con su permiso, señor Graham.

El abogado le saludó con una cortés inclinación de cabeza, después de lo cual los dos hombres se separaron. Douglas, entonces, se dirigió al Palacio de Justicia, en donde pidió ver a la muchacha.

Lorelei le tendió ambas manos al verle. Sonreía del mismo modo encantador que tanto había subyugado al joven en sus años estudiantiles.

—¿Cómo estás, Patito Feo?

—No tan bien como tú, Lorelei. ¿Sabes que tienes un aspecto magnífico?

—¡Adulador! —rió ella. Era la primera vez que lo hacía desde la iniciación del proceso. Luego, reparó en la cruz de esparadrapo que el joven llevaba en una de sus mejillas—. ¿Qué te ha sucedido?

Douglas se tocó instintivamente la tela.

—Me tropecé con una puerta anoche, Lorelei.

Ella le miró suspicazmente.

—No me engañes, Doug —dijo.

—Es la pura verdad, muchacha.

Pero las palabras del joven carecían de convicción.

—Cuéntame todo lo sucedido y no me ocultes nada —dijo ella, muy seria.

—Está bien —suspiró él, resignado.

En pocas, pero bien hilvanadas frases, relató todos los sucesos del día anterior, terminando por preguntarla:

—¿Conoces tú a esa tal Ella?

Lorelei reflexionó unos momentos, en tanto que esforzaba su memoria.

Al fin, contestó:

—No, no puedo acordarme de esa muchacha. Y es raro, porque conozco a casi todas las que fueron conmigo a la universidad.

Douglas hizo una mueca.

—De todas formas, el teniente Mac Laine está ya haciendo averiguaciones acerca de Ella. Pronto sabré todo cuanto la concierne. La lástima es —murmuró, como enojado consigo mismo— que me arrebatara la agenda tan estúpidamente.

—Peor hubiera sido que te hubieran quitado la vida, Doug —dijo ella, estremeciéndose.

—En cierto modo, esto me enorgullece.

—¿Por qué? —exclamó ella, muy sorprendida.

—Me temen. Si no fuera así, ¿por qué tanto interés en suprimirme?

Los ojos de Lorelei se dilataron por el temor.

—Oh, Doug, no quisiera que te sucediera nada. Deja el asunto en manos de la Policía. Es lo mejor.

El joven denegó con firme gesto.

—No. Yo puedo hacer cosas que le están vedadas al teniente

Mac Laine, precisamente por mi condición de ciudadano particular. Además, estoy resuelto a terminar este asunto, ya que lo he empezado. Si se hubieran hecho las cosas medianamente bien, no tendrías necesidad de haber pasado en la cárcel más de cuarenta y ocho horas. Y ya llevas un mes, lo cual es demasiado.

—Nada es demasiado cuando todo termina bien, Doug —dijo ella, sentenciosamente—. Pero, por supuesto, de no haber sido por tu intervención, las cosas hubieran sucedido de un modo muy distinto.

—Dejemos eso ahora, Lorelei. Si lo hice, fue por un sentimiento de amistad.

—No será por la que yo te demostré cuando estudiábamos en la universidad —dijo ella, sonrojándose.

—Aquello ya pasó —contestó el joven—. Entonces, tú tenías dieciocho años y yo te pasaba tres o cuatro. Eras rica y muy hermosa, y encuentro muy natural que te sintieras un poco envanecida al tener en torno tuyo tantos admiradores.

—Los dieciocho años suelen tener siempre la culpa de muchas tonterías, Doug. A esa edad no se repara en el contenido, sino en el continente. Y desde entonces ha pasado bastante tiempo.

—Sí, mucho —rió él—. Unos seis años. Una eternidad, como puedes ver.

Lorelei se pasó una mano por la frente.

—A veces me pregunto —dijo, con voz sorda— qué es lo bueno que he hecho yo en mi vida, después de que abandoné mis estudios. Divertirme, gozar de la vida, viajar... Una existencia vacua y carente por completo de contenido. He reflexionado mucho durante todo el tiempo que he estado encerrada, Doug, y puedo asegurarte, sin género alguno de duda, que esta situación en que me he encontrado, y que todavía dura, me ha hecho mucho bien, aunque pueda parecer una incongruente paradoja. Si salgo de aquí, te aseguro, Doug que será una mujer completamente distinta de la antes alegre e inconsciente Lorelei DeWitt la que pise la calle.

—Lo celebraría por tu propio bien, pero no debes preocuparte tanto por ello, ni tomártelo tan a lo trágico... Bien —se levantó el joven—, ahora debes dispensarme. Tengo mis quehaceres. Quisiera estar más tiempo contigo, pero me resulta de todo punto imposible.

Ella sonrió de nuevo.

—Estos minutos que pasas conmigo tienen un valor inapreciable. ¿Sabes? En vista de la nueva ruta que toma el proceso, ya han venido a visitarme algunos de mis antiguos amigos.

—¡Vaya! Lo celebro sinceramente, Lorelei.

—Pero yo no he querido ver a ninguno de ellos —agregó la muchacha rápidamente—. Se ha de ser amigo en toda clase de circunstancias, y no sólo en las buenas.

—Así lo estimo yo, pero has de tener en cuenta que tratas con personas, y, por lo tanto, gente sujeta a las inevitables flaquezas humanas, Lorelei. Si sales a la calle, tendrás que volver a reanudar tu vida de relación con ellos. Esto es absolutamente inevitable, y tienes que irte haciendo a la idea de que así sucederá... Bien —concluyó el joven—, en cuanto pueda volveré de nuevo a verte.

Lorelei le tomó la mano impulsivamente.

—¡Por favor, Doug! —dijo, mirándole al fondo de sus ojos—. ¡Cuidate mucho! No me lo perdonaría si por mi causa te sucediera algo irreparable.

El joven sintió que algo indefinible le revolvía las entrañas al escuchar las palabras de Lorelei. Procuró no demostrar la emoción que le embargaba, y se echó a reír.

—No me ocurrirá nada, ya lo verás. Adiós.

—Hasta la vista, Patito Feo —murmuró ella, quedamente.

Douglas salió de la cárcel con el corazón aligerado. El cielo le pareció más azul y encontró simpáticos y atractivos todos los rostros de los transeúntes con los que se cruzaba. Más pronto un torturante pensamiento invadió su cerebro.

La boca se le secó repentinamente. Le entró una furiosa sed que le obligó a penetrar en el primer bar que encontró al paso.

Recapacitó mientras se tomaba una cerveza. «¿Qué vas a pretender tú? —se dijo—. Eres un oscuro abogado, sin apenas pleitos que defender, sin un céntimo en el bolsillo, y ella es dueña de una fortuna inmensa. Te parece que ahora te ama, pero, en realidad, lo único que siente por ti es agradecimiento. Será amable contigo una temporada, cuando haya salido de la cárcel, pero luego, poco a poco, se irá separando de ti en cuanto las cosas vuelvan a su cauce normal. No, Doug, no te hagas ilusiones. Seguirás siendo el Patito Feo, sin que luego, como en el cuento, resultes ser al final un gallardo cisne. La vida es muy distinta de la ficción. Es vida, lo cual

quiere decir realidad. Baja los pies de las nubes y ponlos en la tierra. Será lo mejor para ti y te evitarás muchos disgustos».

Sintiendo en la boca un amargor que más parecía de cenizas que de cerveza, pagó la consumición y salió del local, caminando lentamente. El sol seguía brillando esplendorosamente, pero ahora le pareció que el cielo había adquirido un tono grisáceo, deprimente.

Estuvo paseando por la ciudad un buen rato. Por la tarde, con el fin de descargar su mente de los torturadores pensamientos que la invadían de continuo, asistió a una sesión de cine, sin que el remedio diera apenas resultado.

Acogió con un suspiro la hora de acudir a El Buen Marinero, un título completamente incongruente, si se pensaba que la ciudad de Melton estaba situada a más de mil kilómetros de la costa más próxima.

El local tenía una numerosa concurrencia, como de costumbre, y en lo alto del tablado estaba Ella, la cual le miró con ojos de pasmo, como si acabara de ver resucitar a un difunto.

CAPÍTULO VIII

Douglas escogió una mesa, cerca del tablado, pero junto a la pared, de modo que pudiera tener las espaldas protegidas. Pidió un *whisky*, encendió un cigarrillo y aguardó a que se produjeran los acontecimientos.

Ella terminó de cantar y descendió apresuradamente, sentándose junto al joven. Le miró con expresión ansiosa.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó—. Si Stepanov le ve, volverá a intentar matarle de nuevo.

Douglas rió, muy divertido al parecer.

—¿Cómo se encuentra el Ruso después de la pérdida de tres de sus mejores elementos?

—Está que muerde las paredes —dijo Ella, muy seria—. En cuanto se entere de que usted está aquí, y no tardará mucho en saberlo...

—Dejemos eso de lado, Ella. Es usted una chica muy guapa, y lo que es más importante, muy joven todavía, lo cual es una doble fortuna. ¿Por qué está en este antro? ¿Cuáles son las causas que le mantienen unida a ese bigardo?

La muchacha se demudó.

—No me haga esa clase de preguntas, Douglas.

—Precisamente por eso mismo quiero hacérselas, muchacha. Vamos, sea sincera conmigo y cuéntemelo todo.

—No, no puedo, Doug, créamelo. Quisiera hablar, pero me resulta de todo punto imposible.

—¿Por qué? ¿Qué motivos tiene usted para callar? ¿Acaso teme usted a Stepanov?

Ella iba a responder, pero, de pronto, sus ojos se dilataron. Una expresión de temor apareció en su lindo rostro.

Douglas siguió con su vista la dirección de la muchacha y vio a el Ruso que se aproximaba a la mesa; instantáneamente, se puso en

guardia, y de modo maquinal, se tocó la pistola de que le había provisto el teniente.

Stepanov sonrió untuosamente al hallarse frente a él.

—¡Hola, amigo Pentecost! ¿Cómo se encuentra?

Douglas se tocó ligeramente la cruz de tafetán que le adornaba la mejilla.

—De vez en cuando, uno se tropieza con el canto de una puerta, pero ésos son accidentes domésticos sin importancia —dijo, intencionadamente—. Y usted, ¿durmió bien la noche pasada?

—¡Oh, sí! —repuso el Ruso—. Jamás en mi vida he necesitado recurrir a los estupefacientes para conciliar el sueño.

—Por regla general, el vendedor de una cosa no suele probar el género que expende. Lo conoce tanto, que ha llegado ya a aborrecerlo, ¿verdad?

Los ojillos de Stepanov chispearon. Del rostro de Douglas pasaron al de la muchacha.

—Ella, lárgate —dijo el rufián.

La interpelada obedeció sin rechistar, deslizándose silenciosamente por un costado de la mesa.

Acto seguido, Stepanov se sentó frente al joven.

—Pentecost, es usted un entrometido.

—Mi profesión me obliga a ello.

—Miente usted.

—¡Vaya! Explíqueme los motivos, ¿quiere?

—Usted es un abogado sin pleitos. La defensa de la millonaria la lleva Graham. Tampoco tiene licencia de detective, de modo que ¿por qué diablos se entromete en un asunto que no le interesa?

—Parafraseándole a usted, podría decirle que este asunto tampoco le interesa a usted, excepto por la sola razón de entregarme la agenda que probará de modo definitivo la inocencia de la señorita DeWitt.

—Jamás tendrá usted esa agenda, ¿me entiende? —dijo en tono rabioso el Ruso—. Si alguna vez se forjó la ilusión de poseerla, ya puede desecharla.

Douglas prendió fuego a un cigarrillo y arrojó una despectiva bocanada de humo al rostro del gánster.

—Eso es algo que está todavía por demostrar, Stepanov. Hay muchos medios de obtener la agenda.

—Si se refiere a los legales, ninguno. Usted puede declarar que yo la tengo, pero yo sostengo lo contrario. Mi palabra contra la suya, Pentecost. Y en estas condiciones, ¿qué juez expediría un mandamiento para obligarme a hacerlo?

—Hay otros medios todavía.

—La fuerza no sirve.

Douglas soltó una carcajada.

—¡Qué mala puntería tiene usted, Stepanov! No ha dado ni una en el blanco.

El Ruso enrojeció hasta la afeitada coronilla.

—¿Cuál es el otro procedimiento? Dígalo, pronto.

—No —meneó la cabeza el joven—. No se lo diré hasta el momento oportuno. Pero creo que usted no sabrá resistirse a él.

Stepanov le miró desdeñoso.

—¿Está seguro de ello, Pentecost?

—Conociéndole a usted, pondría la mano en el fuego al asegurarlo.

—Está bien —dijo el rufián—. Acláreme qué clase de medio piensa usted emplear para obligarme a cederle la agenda, y quizá lleguemos a un acuerdo.

—¿Lo ve usted? —sonrió Douglas—. Sin citarlo todavía, ya se está ablandando, Stepanov. Pero no. Lo considero todavía un poco prematuro. Ya se lo diré en el momento oportuno, cuando sepa que mi golpe no puede fallar. Y no será de fuerza, ¿entendido? No me gusta utilizar procedimientos como los suyos, Stepanov.

Victor
Amazu



—Ya se está ablandando, Stepanov...

4- SEÑORES

—Son los más adecuados para suprimir molestos estorbos.

—Cuando usted y yo lleguemos a un acuerdo, se alegrará de que sus esbirros no pudieran cumplir las órdenes que les dio, Stepanov. Quizá mañana pueda hablarle con más conocimiento de causa, pero ahora, de momento, permítame que sea un poco más reservado,

¿quiere?

El Ruso hizo una breve inclinación de cabeza.

—Estaré esperándole aquí, a la misma hora, Pentecost. Y, desde luego, le prometo no dejar sin la debida consideración su oferta.

—Muy agradecido por sus palabras. Mañana volveré.

Stepanov se puso en pie.

—Tome lo que guste, Pentecost. La casa tiene sumo interés en invitarle. ¡Hasta mañana!

El Ruso se alejó, sorteando las mesas. Se detuvo en una de ellas, charlando con unos clientes, y luego continuó su camino.

Entonces, se apagaron las luces.

En el primer momento, no ocurrió nada. El pianista dejó de tocar y las voces se acallaron.

Luego se oyeron un par de gritos. Alguien renegó suciamente. Una botella cayó al suelo.

Precavidamente, Douglas se tiró al suelo, apenas notó la extinción de la luz. Desenfundó su pistola y se quedó allí, los músculos tensos y el ánimo expectante, dispuesto a acoger a tiros a todo aquel que se le aproximase en actitud ofensiva.

Un fenomenal escándalo se elevó en la sala, durante el cual nadie lograba entenderse. Se encendieron algunos fósforos y alguien acudió con un par de velas en las manos, pero la iluminación era demasiado pobre para poder distinguir las cosas con claridad.

Súbitamente, la luz se hizo de nuevo. Douglas guardó la pistola, en tanto parpadeaba, deslumbrado. Después, giró la vista en torno suyo.

Se estremeció al comprobar que Ella no se encontraba en el tablado de la orquesta. Movidó por un impulso irresistible, recordando la forma tan despectiva y autoritaria con que Stepanov la había tratado, el joven recorrió rápidamente el espacio que le separaba del despacho de aquél.

Abrió la puerta y se encontró con un espectáculo totalmente inesperado.

Ella yacía en el suelo, bañada en su propia sangre, la cual brotaba de dos o tres heridas, causadas indudablemente por un arma blanca. Pero no era la única víctima.

Unos pasos más allá, Tirello, el menudo pistolero, se apoyaba sobre sus manos y sus rodillas, intentando mantener el equilibrio.

Un torrente de sangre brotaba de su boca, junto con una serie de ininteligibles exclamaciones.

Alguien empujó bruscamente a Douglas, lanzándolo al interior de la habitación. El joven se volvió.

Eran Stepanov y el teniente Mac Laine.

—¡Dios santo! —exclamó el segundo, atónito.

Stepanov no tenía fuerzas para hablar. En aquel momento, Tirello emitió un ronco gorgoteo y se desplomó de bruces. Moviéndose débilmente las piernas y luego se quedó quieto, convertido en un pequeño rebusco de sangrientos harapos.

—¡Cristo, qué carnicería! —exclamó el policía, avanzando hacia el centro de la habitación. Luego, advirtió—: No toquen nada. Quédense ahí y no se muevan en absoluto, pero cierren la puerta.

Stepanov asintió, palidísimo. Douglas, entonces, se fijó en algo que no había advertido con anterioridad.

Ella tenía en su mano derecha un objeto, en el cual reconoció Douglas al instante una de las tapas de piel de la agenda fatídica. Levantó instintivamente los ojos y pudo ver, en uno de los ángulos de la estancia, el negro hueco de una caja de caudales abierta de par en par.

El Ruso también lo advirtió y lanzó una rotunda exclamación de ira. Quiso avanzar hacia allí, pero Mac Laine se lo impidió.

—¡Quietos! ¡No se mueva, Stepanov!

—¡Mi cofre fuerte! ¡Me han robado! —estalló el forajido.

—Peor suerte han tenido estos dos —dijo fríamente el teniente—. Le repito que no se mueva. Tiene usted mucho y muy jugoso que declarar, y le aseguro que le voy a apretar los tornillos hasta que me diga todo lo que quiero saber.

Stepanov juntó los labios.

—Hablaré lo que me convenga, teniente. Soy por completo inocente de estas dos muertes, y puedo asegurarlo rotundamente. El señor Pentecost está en condiciones de corroborar mis palabras.

—Cuando se apagó la luz, usted acababa de separarse de mí —afirmó Douglas—. Aunque, diciendo la verdad, no creo que haya tenido tiempo de llegar aquí y cometer estas dos muertes.

—Una de ellas, por lo menos, no la hubiera cometido yo —dijo Stepanov—. Ella era mi esposa.

Douglas soltó una exclamación. Ahora comprendía más de un

detalle que, hasta entonces, se le había aparecido oculto. Pero ¿por qué Ella había traicionado a su propio marido? No cabía otra explicación sino que la muchacha estaba avergonzada y harta de la vida deshonrosa que se veía obligada a llevar junto a aquel rufián de categoría, el cual, si en un momento dado pudo deslumbrarla con las comodidades que podía ofrecerle, después había tenido que desilusionarla al tropezar con la realidad de las cosas. Por esto mismo había querido evitar la muerte del joven, pero, a su vez, no había podido esquivar su propia muerte a manos ¿de quién?

Además, y esto saltaba a la vista, la agenda había desaparecido. Era obvio que el autor de la substracción había sido el mismo que había manejado el cuchillo asesino. Pero ¿quién había podido ser?

Dominando sus aprensiones, estudió los cadáveres, en tanto Mac Laine hablaba por teléfono con la Jefatura. No vio el menor rastro de arma blanca alguna, ni siquiera vio la navaja de resorte en las ya inertes manos de Tirello.

Era evidente, pues, que una tercera persona había penetrado subrepticamente en el despacho. Douglas pensó frenéticamente, tratando de rehacer mentalmente los detalles de la terrible escena. Una hipótesis le acudió a la imaginación, pero la ocultó cuidadosamente, en tanto no pudiera comprobarla personalmente.

Aguardó allí hasta que una turba de funcionarios policiales hicieron su aparición en la estancia. Entonces, de modo silencioso, procurando no ser advertido por nadie, se deslizó hacia fuera.

No quiso acelerar demasiado el plan que acababa de trazarse, por lo que dejó transcurrir el tiempo hasta bien pasada la medianoche. Entonces se situó en un portal muy próximo al 877 de la Calle Hampshire.

No tuvo que aguardar mucho. Unos veinte minutos más tarde, un coche se detuvo frente a la puerta que estaba vigilando. Una mujer se apeó del vehículo, abonó el importe de la carrera y luego cruzó la acera en dirección a la puerta de su domicilio.

Douglas salió entonces de su escondite, comportándose como lo hubiera hecho un transeúnte ordinario. El coche arrancó, dejando aquel trozo en absoluta soledad a excepción de los dos.

La mujer estaba forcejeando con la cerradura cuando Douglas le clavó el cañón de la pistola en las costillas.

—No grites, Hilda —dijo en tono bajo—, o te perforo aquí

mismo. Termina de abrir, ¡pronto!

—¿Qué... qué es lo que quieres? —preguntó ella, con un temblor en su voz imposible de disimular.

—Te lo diré arriba. Ahora acaba de abrir. ¡Aprisa!

Ella obedeció, con el pánico pintado en su rostro. Los dos se dirigieron al ascensor, que los llevó al apartamento de la cantante.

Una vez en su interior, Douglas cerró la puerta con doble vuelta, guardándose luego la llave en su bolsillo. Al hacerlo, descuidó un instante la vigilancia y Hilda se le echó encima, esgrimiendo un afilado estilete que él conocía demasiado bien.

Douglas respingó, apartándose de un salto de la trayectoria de la cuchillada. Levantó la mano izquierda, atenazando la muñeca de Hilda, y luego disparó la derecha.

La cantante lanzó un agudo grito, en tanto que sus cabellos volaban en todas direcciones. Douglas ejecutó un seco movimiento de torsión, y la navaja cayó al suelo.

Acto seguido, la empujó fuertemente hacia el diván. Hilda cayó en él con los ojos llenos de lágrimas, maldiciéndole obscenamente.

Pero el joven no hizo el menor caso de las exclamaciones de la cantante. Sin el menor escrúpulo registró su bolso, hallando en el mismo la agenda que con tanto ahínco había estado buscando.

Se la guardó en el bolsillo sin hojearla siquiera. Luego miró a la mujer, que aparecía patéticamente derrumbada en el diván.

—Hubiera podido creer cualquier cosa de ti, menos que fueras capaz de asesinar por esta maldita libreta, Hilda. Es una verdadera lástima, porque eres muy guapa y no merece tu lindo cuerpo sentarse en la cámara de gas. Pero allí irás, sin duda alguna.

—Será muy difícil de probar que fui yo la que mató a Ella y a Tirello —dijo la joven, tratando de fanfarronear—. Todo el tiempo he estado en el Bavarian...

—Menos la media hora que necesitaste para ir a El Buen Marinero con el fin de apoderarte de la agenda. Sabías la cifra de la combinación del cofre fuerte de Stepanov, pero Ella te sorprendió y la suprimiste...

—No fue así. Esto lo hizo el propio Tirello. Él —sonrió desdeñosamente la cantante— fue el que la liquidó. Estaba loco por mí.

Douglas arqueó una ceja, muy sorprendido. Pero las cosas

estaban aún más claras con la confesión de Hilda.

—Y luego tú le confiaste y lo acuchillaste.

—Exacto. Así fue. Pero la libreta era mía.

—Dirás mejor de Keeler.

—De los dos. Todo cuanto hay ahí escrito estaba hecho a medias, y, por lo tanto, era nuestro. No tengo la culpa si el asesino de Keeler se la arrebató.

—¿Fue Stepanov?

Ella denegó con la cabeza.

—No. Stepanov lo que hizo fue enviar a alguien a robársela. Uno de sus hombres, que murió en el accidente. Era un especialista en asaltar casas sin que sus moradores se enteraran, y así la libreta vino a parar en manos de el Ruso.

—¿Y cómo sabía éste la identidad del asesino?

—Porque Keeler nos lo había dicho en vida. Sabía muchas cosas y muy comprometedoras del hombre que lo mató, todas ellas anotadas ahí en la libreta.

Douglas hizo una mueca.

—Lo cual quiere decir que tu amiguito trataba de extorsionarlo.

—Bueno, ¿y qué? Algún provecho hay que sacar de los conocimientos que uno tiene, ¿verdad?

Douglas se sintió asqueado ante el repugnante cinismo de que hacía gala aquella mujer. Hubiera deseado que fuera hombre para estrangularla con sus propias manos, pero se sabía impotente para causarle el menor daño físico.

—Bien —preguntó, inspirando fuertemente—, ¿y quién es el asesino?

Ella le enseñó los dientes.

—Ahí lo tienes escrito, en la agenda —de pronto se levantó y se le acercó, ondulando insinuante—. Escucha, figón, ¿por qué no olvidas lo que ha sucedido? Tú y yo podríamos hacer grandes cosas unidos. Le he dado esquinazo a Stepanov. —¡El muy tonto se creía que iba a sacar el jugo a lo que a Hugh y a mí nos había costado tanto reunir!—. Podemos obtener dinero en abundancia, haciendo un buen uso de lo que hay escrito. Incluso te autorizo a que arranques las hojas que se refieren al asesino, para que saques libre a la DeWitt. Pero el resto, si tú quieres, será para nosotros. Nosotros dos...

Douglas miró fijamente a la cantante y sintió que una intensa náusea le revolvía el estómago. Hilda estaba ya a menos de dos pasos y alargaba hacia él los brazos, entrecerrando los párpados, la boca ligeramente abierta, rodeada de un aura de pasión.

En un instante tomó el joven su decisión.

—Siento mucho lo que voy a hacer —dijo; y su puño derecho golpeó el mentón de Hilda.

La cantante puso los ojos en blanco y luego se desplomó como una masa inerte. Lo hizo de modo tan lento que Douglas pudo tomarla en brazos antes de que su cuerpo tocara el suelo.

La tomó en brazos, depositándola suavemente en el diván. Después penetró en el interior, volviendo a los pocos segundos con una sábana, que rasgó en tiras, con las cuales ató fuertemente de brazos y piernas a Hilda. Hecho esto, se fue al teléfono y marcó un número.

Mac Laine le contestó echando rayos y centellas por el auricular. Douglas dejó pasar impertérrito el chaparrón, y, entonces, dijo:

—Si quiere saber algún detalle más del doble degüello de esta noche, véngase al 877 de la Calle Hampshire, apartamento 58 B. Hay aquí una individua que tendrá mucho que hablar acerca del asunto —y sin más, colgó, encaminándose hacia la salida.

Hizo girar un par de veces la llave en sentido inverso, abrió la puerta y salió al corredor. En aquel momento sintió que alguien respiraba fuertemente muy cerca de él.

Se volvió rapidísimamente, pero fue más lento que el otro.

Algo muy duro le cayó sobre el cráneo, haciéndole trastabillar. Sin poderlo remediar, cayó de rodillas primero y, luego, de bruces.

Vagamente entrevió que unas manos ansiosas le registraban el cuerpo. Quiso evitarlo, pero el golpe le había arrebatado hasta el último gramo de energía. Después, el rumor de unos rápidos pasos hirió sus tímpanos.

Se levantó unos momentos más tarde, aturdido y mareado, sintiendo que un hilillo de sangre le corría por el rostro. Se lo enjugó con el pañuelo maquinalmente y luego, tambaleándose como un beodo, se encaminó hacia el ascensor.

CAPÍTULO IX

El estridente repiqueteo de la campanilla del teléfono taladró la espesa bruma del sueño en que se hallaba sumida la mente de Douglas. De modo maquinal, el joven alargó la mano y tomó el auricular.

Una voz le atronó los oídos.

—Ya empezaba a pensar que también a usted le habían estrangulado —gruñó Mac Laine.

—Todavía no. Al menos, que yo sepa —y de modo instintivo, el joven se acarició la garganta. Pero, súbitamente, la comprensión entró en su cerebro y se sentó en la cama de golpe—. ¡Eh! ¿Qué diablos está diciendo usted, Mac? ¿A quién han estrangulado?

El turno de la sorpresa le tocó ahora al policía.

—¡Cómo! ¿Es que no lo sabe? ¡Hilda Thomas!

—¡Imposible, Mac! —aulló el joven—. Anoche la dejé bien en su apartamento. Atada, por supuesto, para que no pudiera escapar, pero...

—Pues alguien se nos anticipó, porque cuando llegamos allí tenía una media de seda en torno a su lindo cuello. Créame, no era un espectáculo agradable de contemplar.

—Me lo supongo —contestó el joven meditabundo—. Sin embargo, no acabo de comprender por qué lo hicieron.

—Yo tampoco, y eso es lo que me trae frito. El fiscal está que echa lumbre y ha amenazado con pedir mi cabellera si no le resuelvo pronto el misterio. Francamente, Pentecost, ¿qué rayos sabe usted acerca de todo este condenado asunto?

El joven le relató todo lo ocurrido desde que se ausentara del despacho de Stepanov hasta que recibiera el golpe que le atontó, impidiéndole así defender la posesión de la libreta.

—¿Cree usted que fue el mismo que asesinó a Keeler?

Douglas meditó unos segundos antes de contestar.

—No, porque recuerdo haberme dado cuenta de que huía después de haberme arrebatado la agenda. No resulta lógica tal actitud, porque yo estaba inerme en sus manos. Fácilmente podía haberme metido en el apartamento y, allí, habernos estrangulado a los dos.

—Eso es muy razonable, Pentecost. Entonces, no hay más que una persona que pueda tenerla en su poder.

—Exactamente. Y usted se figura cuál es, ¿verdad?

—Stepanov. Voy a ir a ver a ese canalla y le romperé todos los dientes que tiene.

—No. No haga eso, Mac. Déjelo de mi cuenta. Hay otro medio más fácil de obtener lo que deseamos, sin necesidad de recurrir a violencia. Él puede negar, y oficialmente no le podemos demostrar lo contrario, o sea, que la tiene. Pero es individuo que no sabrá resistirse a un buen cebo.

—¿Qué clase de cebo? —preguntó desconfiado, el policía.

Douglas se lo dijo. Mac Laine refunfuñó:

—Me parece una estupidez, Pentecost, pero, en fin, allá usted. Si se arregla de esta forma...

—Es la mejor, compéndalo. Además, no levantaremos sospechas sobre el asesino, ¿me comprende?

—Mirado desde ese punto de vista, no está mal del todo. Y ¿cuándo piensa hacerlo?

—Tan pronto me haya vestido y desayunado, Mac.

—Tenga mucho cuidado, Pentecost; ese tipo es muy peligroso.

—Hasta las fieras más terribles se amansan cuando se les hace una buena oferta de carne. Consígame su teléfono particular; el resto queda de mi cuenta.

—OK. Dentro de unos minutos se lo daré. Hasta ahora.

—Hasta ahora —contestó el joven, colgando.

Aguardó allí, en tanto trataba de encajar las piezas del rompecabezas que tanto le preocupaba. Lo tenía casi completo, pero aún le faltaban una o dos que no acababan de encontrar su sitio.

El timbre del teléfono le arrancó de sus meditaciones.

—Pentecost, el número privado de el Ruso es WL-4503.

—Gracias, Mac —repuso Douglas, cortando y volviendo a marcar.

—¿Quién es? —le contestó unos segundos más tarde la voz de el Ruso.

—Pentecost. Stepanov, quiero hacerle un trato.

—¿De qué me está hablando, amigo? —dijo el otro, receloso.

—Usted me siguió anoche hasta el domicilio de Hilda, ¿verdad?

Hubo una corta pausa de silencio. Después, Stepanov dijo:

—Bien, ¿y qué? ¿Puede usted demostrarme que fui yo el que le arrebató la libreta?

—Stepanov, esto parece el juego de los despropósitos. El asesino de Keeler arrebató a éste la agenda. Usted envió a uno de sus hombres a robársela y lo consiguió con pleno éxito. Después, Hilda se la quitó a usted; yo se la quité a ella y, por último, me golpeó para arrebatármela de nuevo, consiguiéndolo según sus intenciones.

—¿Y qué más?

—Usted quiere la libreta para extorsionar al asesino, ¿no es así?

—Uno tiene que vivir de lo que puede, Pentecost —contestó cínicamente el Ruso.

—Bien. Yo le propongo un trato. Usted no perderá nada de lo que pensaba obtener con la agenda, y yo conseguiré mis propósitos, que son demostrar contundentemente, sin ningún género de dudas, la inocencia de la señorita DeWitt.

—¿Cuánto ofrece usted? —preguntó secamente el pandillero.

—Antes me gustaría saber en cuánto valora usted esa agenda.

Hubo una corta pausa, durante la cual Douglas comprendió que Stepanov estaba reflexionando. Al fin, éste contestó:

—Trescientos de los grandes, ni uno menos.

El joven respingó. Había esperado una cifra alta, pero nunca aquélla tan elevada. No pudo evitar unas frases de protesta.

—¡Diablos! Stepanov, eso es un asalto a mano armada.

—Tómelo como quiera —repuso fríamente el gánster—. Pero ha de saber que me han ofrecido por ella ya doscientos cincuenta y que había dado mi palabra, ¿comprende?

—Una subasta, ¿eh?

—Pudiera ser, Pentecost. Pero cuando está en juego la propia vida, trescientos mil dólares pueden ser una bagatela.

—Eso quiere decir que usted conoce al asesino y que no le importaría que la señorita DeWitt fuera ejecutada con tal de obtener una suma importante de dinero.

—Ya le dije antes que cada uno vive como puede, Pentecost. En honor a su cliente, esperaré hasta mañana a estas horas. Si para entonces no puede darme una respuesta afirmativa, entregaré la agenda a la persona que me hizo la anterior oferta.

—Stepanov —dijo el joven, sopesando cuidadosamente sus palabras—, ¿ya sabe usted que al hacer eso se convierte automáticamente en encubridor de alguien que será acusado de homicidio en primer grado?

—Una vez que tenga el dinero en mi poder, en billetes, por supuesto, me largaré de esta maldita ciudad, y no me verán más el pelo. Y ahora ya, basta de charla. Anoche me acosté muy tarde, y tengo ganas de seguir durmiendo.

—Por lo visto —dijo Douglas intencionadamente—, la muerte de su esposa no le quita el sueño, ¿eh?

Una obscena exclamación sonó al otro lado de la línea.

—La persona que lo hizo ha pagado ya su deuda, Pentecost.

—Si usted no se hubiera metido en todos estos jaleos, ella seguiría con vida todavía. Era una buena chica; ella fue la que tiró el coche de sus esbirros a la cuneta cuando me iban a dar el paseo. ¿Lo sabía usted? —Y después de estas palabras, que en cierto modo constituían un homenaje a la valerosa muchacha que prácticamente había muerto por él, colgó el teléfono sin dar tiempo a reaccionar al aturdido Stepanov.

Apenas lo había hecho, volvió a sonar de nuevo la campanilla. Douglas levantó el aparato.

—Pentecost, hemos intervenido la conversación y la tenemos registrada en magnetofón. Ese tipo sabe quién es el que mató a Keeler —dijo con rabia el teniente Mac Laine.

—Pero no puede hacer nada. Las leyes de este estado prohíben la intervención de las líneas telefónicas y un jurado imparcial rechazaría categóricamente un testimonio obtenido de tal manera.

—Eso es cierto, ¡maldita sea! —Gruñó el policía—. ¿Qué va a hacer usted? Aconséjeme, hombre de Dios.

—Trataré de conseguir el dinero para comprar la agenda. Una vez en mi poder, ustedes pueden sorprenderle y entonces sí que sería válida la acusación de complicidad en la muerte de Keeler.

—Está bien —mordió las palabras el policía—. Pero no sé cómo me las voy a arreglar para conservar la paciencia hasta mañana.

Douglas se echó a reír y colgó. A continuación, saltó del lecho y se aseó. Vistiose, desayunó y se lanzó a la calle.

Una vez más fue a ver a Lorelei, a quien contó todo lo ocurrido. Ella repuso:

—Pues es claro, Doug. Ve a ver en mi nombre a Graham y dile que te facilite el dinero necesario.

El joven meneó la cabeza.

—Me temo que no quiera acceder solamente con mi palabra.

—Te daré una nota escrita para él, Doug —dijo la muchacha.

—En prevención, ya la traía yo redactada. Basta con que me la firmes. Tómala.

Douglas sacó un papel del bolsillo, junto con una pluma, alargando ambos objetos a Lorelei. Ésta leyó el contenido de la nota y luego la firmó, sin una sola vacilación, devolviéndosela al joven con una sonrisa.

—Sólo tú podrías haber hecho por mí lo que has hecho, Doug.

—Ya te dije cuáles eran los motivos —repuso él, con un carraspeo para disimular la emoción que sentía—. Estoy seguro de que dentro de muy pocas horas estarás en la calle.

—Entonces —musitó ella, haciendo aletear los párpados de una manera que lo volvió turulato—, será llegada la ocasión de demostrar cumplidamente mi agradecimiento.

—Me basta con saber que me has otorgado tu confianza. Mañana me entregarán trescientos mil dólares. Para mí es una fortuna, Lorelei.

—Pero tú no irías con ella, dejándome a mi abandonada, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Jamás se me ocurriría tal idea.

—¿Ves, pues, cómo he de estarte agradecida? Douglas, a cada segundo que pasa son más ardientes mis deseos de salir de aquí. Cuando vi que todas las pruebas estaban en contra mía, llegó un momento en que me sentí por completo resignada a cualquier cosa que pudiera ocurrirme. Pero ahora mis ansias de vivir son cada vez más grandes. Me comprendes, ¿verdad?

El joven asintió, estrechándole las manos.

—Perfectamente, Lorelei. Y ahora, habrás de dispensarme; he de ir a ver a tu abogado para que empiece a efectuar los trámites imprescindibles para obtener la suma. Quizá mañana por la tarde

pueda venir ya con el mandamiento de libertad.

—¡Qué maravilloso sería, Doug! ¡Hasta mañana, Patito Feo!

—Hasta mañana.

Mientras descendía en el ascensor, Douglas se repitió una y otra vez: «No te hagas ilusiones; Lorelei no es para ti. Una vez haya pasado todo, se le irán desvaneciendo lentamente los sentimientos que ahora te guarda y...».

Graham le recibió en su imponente despacho con fría cortesía, que apenas si alteró al enterarse de la misión que el joven traía entre manos. Examinó con cierta curiosidad la nota que Lorelei firmara y después levantó su vista.

—Permítame un momento, señor Pentecost —dijo, y atrajo el teléfono hacia sí. Marcó un número y al serle contestado desde el otro lado, preguntó—: ¿Jefatura de Policía? Habla el abogado Graham. Por favor, ¿quiere ponerme con la cárcel del condado?

Hubo una corta pausa de silencio. Después, Graham se dio a conocer y volvió a hablar:

—Deseaba que hicieran una pregunta a la señorita DeWitt... Sí, muy amable, guardia, gracias, muy considerado... Es una pregunta muy sencilla. Basta con que le diga si es ella la que ha firmado una nota que acaba de traerme el señor Pentecost... No, no corto, esperaré al teléfono... Gracias otra vez.

Sin quitarse el aparato de la oreja, Graham miró al joven.

—Comprenderá que, en mi calidad de administrador general de los bienes de la señorita DeWitt, he de asegurarme antes de iniciar los trámites necesarios para obtener una suma tan enorme.

—Es una precaución que encuentro muy lógica, señor Graham. En su lugar yo haría lo mismo, y no puedo censurarle por ello.

Después volvió el silencio, Douglas prendió fuego a un cigarrillo y esperó.

Pasó un largo minuto, al cabo del cual percibió una voz metálica que hablaba a través del auricular. Graham sonrió tenuemente y exclamó:

—Un millón de gracias, guardia. Muy amable, repito. Buenos días —y colgó.

Después miró al joven, ahora sin pizca de amabilidad.

—Trescientos mil dólares son demasiados para reunirlos en tan poco espacio de tiempo. ¿No podría ese individuo aguardar unos

días más?

Douglas denegó con la cabeza.

—Me temo que no, señor Graham. Su propuesta fue terminante. Mañana a las diez y media de la mañana, o no habrá libreta.

—Bien —suspiró el abogado—, tendré que echar mano de mi prestigio para que el banco me conceda esa suma. Será preciso malvender un buen puñado de valiosos títulos propiedad de la señorita DeWitt, pero éste es un caso que no admite demora. Mañana, pues, les espero a usted y al señor Stepanov en mi despacho.

—¡Cómo! —Respingó el joven—. ¿Es que piensa hacer venir a Stepanov aquí?

—Por supuesto —respondió Graham con glacial acento—. Comprenderá usted que no puedo arriesgarme a entregar así como así trescientos mil dólares de mi cliente sin tener una firme garantía de que la libreta que se nos entrega a cambio es la auténtica. La nota dice que se le facilite a usted ese dinero, pero no menciona la posibilidad de que yo esté excluido de presenciar la operación. Tenga en cuenta que soy el administrador de la señorita DeWitt hasta que, según el testamento de su padre, haya cumplido los veinticinco años, para lo cual le faltan muy pocos meses. Entonces ella podrá disponer libremente de su dinero, y nombrar otra persona, si no está contenta de mí, que maneje sus fondos, su inmensa fortuna, pero hasta que se cumpla dicho plazo, no cederé un ápice de mi derecho.

—Visto desde ese ángulo, me parece muy razonable que así lo haga, señor Graham —dijo el joven, dándose cuenta de que toda objeción en sentido contrario sería perfectamente inútil. Se puso en pie—. Mañana, a la hora citada estaremos aquí. Buenos días, señor Graham.

—Buenos días, señor Pentecost.

Douglas salió del domicilio del abogado, encaminándose inmediatamente a un teléfono, en donde intentó vanamente ponerse en contacto con Stepanov. Defraudado, abandonó sus propósitos, viéndose obligado a esperar hasta la tarde, en que acudió a El Buen Marinero.

Stepanov le acogió con renuente gesto, y lo torció al enterarse de las intenciones del joven.

—No hablé para nada de ir a casa del tal Graham —masculló, muy fastidiado al parecer por la perspectiva que se le presentaba.

—En otro caso no obtendrá el dinero, Stepanov —dijo el joven—. Graham, en su calidad de administrador legal de los bienes de Lorelei DeWitt, se niega a soltar un céntimo si no está presente en el acto de la entrega de la agenda.

—¿No se tratará de una encerrona? —le preguntó el Ruso suspicazmente.

—Usted es el que me la tendió a mí —gruñó Douglas.

—En aquellos momentos lo consideraba como un intruso que venía a estorbar mis planes —se defendió el otro.

—Y no se le ocurrió otra cosa que tratar de liquidarme, en lugar de haberme hecho una oferta de tipo económico. Usted sabía muy bien que la señorita DeWitt pagaría cualquier suma que se le pidiese con tal de salir de su atolladero.

—Mejor será que olvidemos cosas pasadas. A fin de cuentas, yo perdí allí a tres de mis mejores hombres. Sin contar a Tirello, asesinado por esa...

—Olvida usted a su esposa, la mujer más buena que he conocido. No se portó usted muy bien con ella que digamos, Stepanov.

El Ruso no se inmutó siquiera. Pero sus manos se crisparon sobre el borde de la mesa tras la cual estaba sentado.

—¡Qué sabe usted! —exclamó—. Lo único que siento es que no fui yo el que estranguló a Hilda. Me hubiera gustado hacerlo con mis propias manos, y antes de morir, la hubiera hecho padecer todos los tormentos del infierno. Pero hablemos de otra cosa. Lo hecho, hecho está y ya no tiene remedio. ¿De qué nos sirven ahora las lamentaciones?

Hubo una corta pausa de silencio. Stepanov bebió un largo trago del vaso que tenía a su alcance y luego miró al joven.

—Necesito garantía de que luego se me dejará en paz, sin involucrarme para nada en este desdichado asunto.

—Creo poder prometérselo en nombre del teniente Mac Laine. A fin de cuentas, lo único que hay contra usted es la ocultación de la libreta, y si mediante su entrega podemos capturar al asesino, lo demás será olvidado. Incluso —añadió el joven convenientemente— la faena que usted quiso hacerme.

—De acuerdo —concedió el Ruso—. Mañana, a las diez y media en punto, estaré en casa de Graham. ¿Dónde vive?

—Avenida Jefferson, 527 —repuso Douglas, y se puso en pie.

Al día siguiente, a la hora señalada, llamaba al timbre de la casa del abogado. Una doncella de cofia salió a recibirle y le condujo a una especie de salita, decorada, como el resto de la casa, con magnífico gusto.

El señor Graham está ocupado y le ruega aguarde unos momentos.

—Gracias —repuso el joven, prendiendo un cigarrillo. Un minuto más tarde, el Ruso penetraba en la estancia.

Stepanov le saludó de modo cortante, como dándole a entender que apenas si tenía ganas de hablar con él. Douglas encogió levemente los hombros, y no sabiendo qué hacer, se aproximó a una gran ventana que había en el fondo, entreteniéndose en contemplar el paisaje que se divisaba desde allí.

La ventana correspondía a la planta del edificio, hallándose situada a unos dos metros y medio del suelo, ya que la casa tenía un semisótano que la hacía ganar más altura. Estaba rodeada de un jardín muy bien cuidado, enmarcado por una tapia que lo separaba de otro jardín de análogo aspecto.

En este último había un edificio, cuya forma le recordó algo conocido al joven.

En los primeros momentos, Douglas no acabó de identificar aquella casa. Pero unos segundos más tarde, después de un intenso esfuerzo mental, consiguió hacer que la memoria le funcionara.

Entonces, de un modo súbito y repentino, lo comprendió todo, absolutamente todo, y la última pieza del rompecabezas encajó en su sitio.

CAPÍTULO X

Fue como un chispazo, un deslumbrador fogonazo en un cielo cubierto de nubes sombrías. Tan intenso fue el choque que sufrió el joven, que no pudo contener una exclamación.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Stepanov.

—No, no —murmuró Douglas, tratando de contener la excitación que acababa de apoderarse de su espíritu.

¿Por qué no había sabido verlo antes, cuando tan sencillo era? Keeler vivía en la Avenida Pershing, y ésta era paralela a la Jefferson. Por lo tanto, la trasera de su casa daba a la trasera de la casa de Graham, estando únicamente separadas por una tapia fácil de franquear.

Nada, pues, le había sido más fácil al abogado que...

Un ruido interrumpió sus cogitaciones apenas iniciadas. Se volvió.

No le extrañó en absoluto ver entrar a Graham con una pistola de pavoroso aspecto en la mano, sonriendo diabólicamente. El arma tenía una extraña protuberancia en el cañón, lo cual indicó al joven que los disparos no harían apenas ruido al ser ahogado su estampido por el silenciador.

Stepanov se puso en pie, enormemente sorprendido ante aquella circunstancia, ciertamente inesperada para él.

—¡Eh! ¿Qué diablos...? —empezó a decir.

Graham le interrumpió con brusquedad.

—Siéntese y cierre el pico —dijo.

—¿Qué es lo piensa hacer con nosotros, Graham? —preguntó el joven, dándose cuenta de que se hallaba en una situación extremadamente apurada.

El abogado soltó una cínica risotada.

—¿Es que no lo adivina? Pienso matarles, por supuesto. Así me libraré de dos molestos estorbos.

—Y la señorita DeWitt será condenada.

—¿Qué me importa eso a mí? Lo interesante es que yo salga adelante. Y saldré, de eso estoy seguro.

Stepanov miró airado al joven.

—Maldito —dijo—. Usted me trajo a esta encerrona a sabiendas de lo que iba a ocurrir.

—Le aseguro que no sospeché que Graham fuera el asesino de Keeler hasta hace un instante. Tan sorprendido estoy como usted, Stepanov, créame.

—¿Cómo lo supo? —preguntó el abogado.

Douglas señaló con el pulgar hacia la ventana que ahora caía a sus espaldas.

—Cuando advertí que los jardines de su casa y la de Keeler eran colindantes. Nada más fácil para usted que franquear una tapia de pequeña altura y pasar al otro lado, ¿verdad?

—Es usted muy listo, Pentecost —dijo el abogado—. Sabe demasiadas cosas, y por eso tengo que eliminarlo. Y a usted también, Stepanov. Tiene una libreta...

—¡No —extendió las manos el rufián—, no lo haga! ¡Se la regalaré, pero no me mate!

—¡Imbécil! —exclamó con desprecio el abogado—. Sé cómo actúan las gentes de su calaña, y estoy seguro de que, si le dejase con vida, me extorsionaría apenas pudiera.

—Va a serle muy difícil explicar nuestras dos muertes, Graham —le advirtió el joven.

—No tendré nada que explicar. La doncella está fuera en estos momentos, y no hay nadie más en la casa. El sótano les ocultará hasta que todo haya pasado y luego sus cuerpos servirán de abono a mis rosas. ¿Eh, qué les parece?

—¡Está loco! —murmuró Stepanov, con acento de terror.

—No, no lo está —dijo el joven reflexivamente—. Quiere hacer desaparecer a los dos únicos testigos de los crímenes que cometió, para así buscarse la impunidad.

—Me admira su inteligencia, Pentecost —dijo irónicamente el abogado—. Sí, es cierto: yo maté a Keeler y luego a su mayordomo.

—Al primero le asesinó porque estaba enterado de sus sucios trapicheos con la fortuna de la señorita DeWitt, ¿no es así? Y las pruebas de ello estaban anotadas en la agenda que usted le arrebató

después de haberlo asesinado con la pistola de Lorelei, que usted, estoy seguro de ello, le quitó sin que ella lo advirtiera en una de las múltiples visitas que como administrador solía hacerle. ¿Me equivoco?

—No. Siga, siga, Pentecost. Yo le corregiré en lo que se equivoque —dijo cínicamente el asesino.

—No estaba dispuesto a pagar durante toda su vida un canon por el silencio de Keeler y lo mató, achacando luego el crimen a su administrada, aprovechando las disensiones que había entre ésta y Keeler por culpa de Hilda Thomas. En realidad, la asociación entre Hilda y el muerto era, pura y simplemente, de negocios. La cantante estaba en un lugar donde podía adquirir noticias muy interesantes que luego comunicaba a Keeler, para que éste explotase económicamente las debilidades de los interesados. Ésta es la parte de la agenda —añadió Douglas volviendo la vista hacia el Ruso que le interesaba a usted, ¿verdad, Stepanov?

El interpelado no contestó, limitándose a apretar los labios en un gesto de muda ira.

Douglas continuó:

—Luego, usted, Graham, se enteró de que Piero empezaba a mostrar alguna debilidad y decidió liquidarle para que no hablase, ya que no confiaba ni en el dinero que le había dado ni en el terror que le inspiraba. Y al verme a mi hablar con él, quiso asesinarme también. Este golpe le falló.

—Ahora no fallaré, Pentecost —dijo el abogado crispando sus dedos en torno a la culata de la pistola.

—No puedo decir que lo celebre, Graham. No obstante, quisiera que acabara usted de confirmar hipótesis.

—Expóngalas —dijo lacónicamente el asesino.

—Usted se llevó un chasco terrible cuando supo que la libreta le había sido sustraída. Stepanov conocía su existencia por Hilda y en cuanto se enteró de la muerte de Keeler, envió a uno de sus hombres a robarla, lo que consiguió con pleno éxito. Estoy seguro que ya trató de hacerle alguna extorsión, ¿verdad?

Graham hizo rechinar los dientes. Miró colérico a el Ruso, cuyo semblante aparecía limpio de todo color.

—¡Piojoso bastardo! —farfulló—. Te aseguro que me las pagarás. ¡Vamos, termine de una vez, Pentecost!

—Lo haré si no me interrumpe, Graham. Bien, después ocurrieron otras cosas. Stepanov quiso liquidarme también, pero erró el tiro. Los dos actuaban independientes, pero, en cierto modo, unidos contra mí. Su propia esposa, que no quería verle involucrado en más crímenes, fue la que me salvó. Entonces, fue cuando Hilda trató de apoderarse de la agenda, pues no estaba dispuesta a dejar perder el fruto de sus trabajos y quería el beneficio para ella sola, ya que El Ruso no aceptaba compartirlos. Por lo tanto, atacó de flanco y sobornó o sedujo a Tirello para que la introdujera subrepticamente en el despacho de Stepanov y le ayudara a abrir la caja fuerte.

»Entonces fue cuando Ella les sorprendió. Tirello comprendió entonces que no tenía otro remedio que reducirla a silencio y la degolló en el mismo lugar. Después, fingió la avería de la luz y en la oscuridad no hubo cosa más fácil para Hilda que, abrazándose a Tirello, quitarle su propia navaja. El resto es ya sabido, menos una cosa.

»Usted también fue listo, Graham. Por su condición de abogado de la señorita DeWitt hubo de enterarse de las peripecias sufridas por la fatídica agenda. Si no la tenía Stepanov, sólo había una persona que pudiera tenerla y esa persona era la cantante. Lo malo es —añadió el joven con un suspiro— que yo se la quité a ella y luego me la quitó de nuevo Stepanov. Lo que dije, el juego de los despropósitos.

»Por último, usted fue a ver a Hilda y se la encontró atada de pies y manos. Ella negó rotundamente que tuviera la agenda, pero usted no debió de creerla. Le puso la media de seda al cuello, con la intención de atemorizarla y hacerla hablar, pero se le fue la mano o la estranguló intencionadamente, vaya usted a saber. El caso es que Hilda murió.

»Y ése es —concluyó el joven— otro crimen más que añadir a su palmarés, Graham. Le aseguro que le va a ser difícil, muy difícil, salir de este atolladero en que su codicia y su ambición le han metido.

—Eso es lo que usted cree, Pentecost. Después de que les haya liquidado a ustedes, y haya incinerado la agenda, nadie vendrá a pedirme cuentas. ¿Quién va a saber lo que yo he hecho? Soy un miembro respetable y considerado en la sociedad de Melton. Se

reirían si me acusasen sin pruebas de las muertes que he cometido.

—En el cadáver del mayordomo apareció una bala de la misma pistola que usted empuñaba, Graham —adujo el joven—. La Policía tendrá algo que decir al respecto.

—¡Bah! No saben que la tengo siquiera. Ustedes morirán ahora; Lorelei, más tarde en la cámara de gas, y nadie sabrá jamás lo que yo he hecho.

—¿Y de qué le van a servir estas muertes? Una vez haya fallecido la señorita DeWitt, usted no podrá seguir explotando su fortuna. ¿Qué es lo que hizo con tanto dinero? ¿Dónde lo tiene guardado?

—Los inviernos aquí son muy duros, pero en las Bermudas hay trescientos cincuenta días de sol al año. Una vida plácida y tranquila, sin nada que hacer y recordando con frecuencia que gracias a ustedes yo puedo disfrutar de la benigna temperatura y magnífica hospitalidad de aquellas islas. ¿Eh, qué les parece?

Stepanov lanzó un rugido de ira. Se puso en pie.

—¡Maldito! ¡Por tu culpa ha muerto mi mujer! ¡No la mataste tú, pero si no hubiera sobrevenido todo este condenado asunto, Ella seguiría viviendo aún! ¡Perro! ¡Canalla!

Ciego de ira, el Ruso dio dos pasos hacia adelante, abriendo convulsivamente las manos, con ánimo evidente de estrangular al abogado. Pero éste no le dejó continuar.

Una larga llamarada brotó de la pistola, junto con un apagado estampido. El Ruso se tambaleó, al mismo tiempo que su rostro se deformaba a impulsos del dolor que sentía.

Graham disparó de nuevo. Ahora la bala se llevó todo un lado de la cara de Stepanov, haciéndole adquirir un aspecto realmente horrible. El Ruso cayó de rodillas.

No obstante, aún alentaba la vida en su cuerpo. Bruscos estremecimientos le sacudían de la cabeza a los pies, en tanto que, instintivamente, trataba de no derrumbarse. Fríamente, Graham disparó por tercera vez y la cabeza de Stepanov estalló como una granada madura.

Acto seguido, el abogado se inclinó sobre el cadáver y empezó a registrarle los bolsillos, tratando de hallar la agenda que tanto ansiaba. Por un instante, sus deseos fueron más fuertes que todo y olvidó que todavía estaba allí el joven.

Douglas decidió que ya era hora de actuar. Si se quedaba quieto, no tendría absolutamente ninguna posibilidad, de modo que movió la mano en busca de su pistola.

Pero entonces Graham advirtió su gesto. Arrodillado como estaba, se volvió e hizo fuego.

Algo quemante taladró el muslo del joven. Douglas sintió que la pierna le fallaba y, sin poder contenerse, cayó al suelo. La pistola se le escapó de la mano.

Se apretó instintivamente la herida con la mano izquierda en tanto miraba al abogado. El negro cañón de la pistola le pareció enorme, inmenso, un colosal túnel de donde un segundo más tarde brotaría la muerte.

Graham sonrió, regodeándose con la idea. Su dedo empezó a crisparse en torno al gatillo.

Sonó un disparo. Unos cristales volaron en pedazos por los aires.

El estampido aturdió los oídos de Douglas. ¿Se había estropeado el silenciador?

Una nueva expresión apareció en el rostro del abogado, una expresión de dolor, ira y terror, todo a un tiempo. La mano le vaciló al instante, pero volvió a levantarla con gesto tenaz.

Otro disparo estalló. Graham levantó ambas manos, al mismo tiempo que la pistola caía. La fuerza del proyectil era tanta que el abogado fue arrojado violentamente hacia atrás.

Un hombre saltó al interior de la habitación. Vestía un uniforme azul y en su mano traía un revólver todavía humeante.

Alguien reventó la puerta de una patada. Mac Laine irrumpió enarbolando una pistola. Sus ojos captaron en un segundo la situación y su rostro reflejó el alivio que sentía al ver al joven todavía con vida.

—Bueno, parece que todo se ha acabado ya, ¿eh?

Douglas asintió. Estaba muy ocupado tratando de atarse un pañuelo en torno al muslo.

—Durkin, llame inmediatamente una ambulancia —dijo el teniente al policía uniformado.

—Sí, señor —repuso el aludido quien, acto seguido, agregó—: Me... me vi obligado a disparar contra el señor Graham. Yo no quería pero...

Mac Laine movió la mano con desdén.

—No se preocupe, nadie se lo reprochará. Ande, vaya y haga lo que le he dicho.

El policía arrojó una mirada hacia el cadáver de Stepanov e hizo un gesto de repugnancia.

—¡Qué feo está! —masculló, y luego se arrodilló al lado de Douglas.

Douglas terminó de poner las camisas en la maleta. Podía andar, aunque todavía renqueaba algo, ya que, afortunadamente, la herida no había sido sino un simple sedal que no había interesado otra cosa que músculos. Hizo girar la tapa de la maleta y en aquel instante sintió que la puerta del apartamento se abría.

Tomó el bastón en que se apoyaba para andar y salió del dormitorio al vestíbulo. Lorelei estaba allí.

—¡Hola, Patito Feo! —dijo ella.

Douglas deglutió.

—¡Hola, Lorelei!

Ella se le acercó. Vestía un ajustado traje oscuro, de factura sencilla, que realzaba más todavía las finas líneas de su cuerpo. Sonrió.

—Estoy muy enojada contigo, Doug.

—¿Por qué?

—No fuiste a buscarme a la salida de la cárcel.

—Es... estaba curándome...

—Podías haber ido en coche.

—Lo... lo siento. Dispénsame.

Había otra maleta, ya cerrada, de pie en el suelo de la estancia. Lorelei lo advirtió.

—¿Te marchas, Doug?

—Sí.

—¿Dónde?

—Afuera. Me ha salido un contrato ventajoso. Aquí... Aquí no tenía casi trabajo y...

—Mientes —dijo ella suavemente, acercándosele aún más. Douglas percibió el calorcillo de su cuerpo y el suave y turbador perfume de sus cabellos.

—No tienes ningún otro trabajo fuera de Melton, Doug.

—Sí, es cierto, Lorelei.

—Te digo que no —ella le echó los brazos al cuello—. ¡Mi Patito

Feo! Ahora serás mi Cisne para toda la vida. No me digas que no me quieres, Doug.

Él abrió los ojos, deslumbrado.

—¡Lorelei!

—He padecido mucho en estos últimos tiempos, Doug. Hazme olvidar, te lo suplico.

La muchacha apoyó la cabeza en sus hombros.

—Sí —contestó él simplemente.

FIN

*—Es un hombre estu-
pendo, Sterling. Pero no
vacilaré en descargar mi
pistola en su cuerpo a
su menor gesto sospe-
choso...*

Estas fueron las pala-
bras de



La pantera rubia

al hombre que creyó ganada la partida, al descubrir
que luchaba contra una mujer

La pantera rubia

es el título de la más reciente creación del famoso
autor

MARK HALLORAN

¡Los mejores hombres del Servicio Secreto mundial,
desaparecían traicionados por una misteriosa mano
criminal!

COLECCION SERVICIO SECRETO

publicará este interesantísimo relato, dentro de siete
días

¡Haga que reserven su ejemplar desde hoy mismo!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
84 — Corín Tellado
UN MARIDO POR APUESTA

COLEC. "MADREPERLA"
82 — Carlos de Santander
¡NO QUEREMOS CONSEJOS!

COLECCION "ROSAURA"
86 — Vicky Lorca
FLOR DE ABISMO

COLECCION "AMAPOLA"
48 — G. Colomer
EL CARINO DORMIDO

COLECCION "ALONDRA"
87 — María Martí
LA TIMIDA LU

COLECCION "CAMELIA"
25 — Carlos de Santander
MAÑANA TE AMARE

COLECCION "CORAL"
1 — Corín Tellado
UNA CHICA DECIDIDA

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
637 — Silver Kane
A 1.000 DOLARES LA BALA

Col. "SERVICIO SECRETO"
501 — Clark Carrados
¡SEÑORES DEL JURADO!

COLECCION "BUFALO"
374 — Meadow Castle
EL HIJO DEL FORAJIDO

COLECCION "CALIFORNIA"
181 — Donald Curtis
EL "COLT" DICTA SENTENCIA

COLECCION "TEXAS"
202 — Joe Mogar
"BUSCA LOS JIMMY"

COLECCION "COLORADO"
126 — Keith Luger
¡NO SOY UN TRAJIDOR!

COLECCION "KANSAS"
92 — Alf. Regaldie
¡EN NOMBRE DE LA LEY!

Col. "HEROES DEL OESTE"
74 — M. Lafuente Estefanía
TORBELLINO DE MUERTE

COL. "ASES DEL OESTE"
44 — A. Rolcest
BARRANCO NEGRO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡Extraordinaria!

LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA

temas

CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.

**100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS**

**250 ilustraciones
en cada volumen**

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS



CUALQUIER MOMENTO

ES BUENO...



PARA LEER...

El DDT

**La publicación
más divertida de
todos los tiempos**

sólo cuesta 2'50 PTS.

¡ALTO!

**¿QUIERE USTED TENER UNA BUENA
MEMORIA...?**

Ahora, por fin, puede usted entrenar su memoria y
grabar en ella, para no olvidar nunca:

**¡NOMBRES... CARAS... NUMEROS... OPERA-
CIONES... FECHAS... DATOS... ESTADISTI-
CAS... IDEAS... ETC., ETC...!**

COMO ADQUIRIR UNA SUPERMEMORIA

es el título del libro que ha escrito el popular

HARRY LORAYNE

¡El hombre de la memoria más poderosa del mundo!

El es, queridos lectores, quien con su sencillo y
eficacísimo método, hará que su memoria se desa-
rrolle prodigiosamente y consiga recordar los da-
tos que le sean necesarios, por mucho tiempo que
transcurra

COMO ADQUIRIR UNA SUPERMEMORIA

es otro de los interesantes volúmenes de la selecta

COLECCION IBIS

¡No deje de adquirirlo cuanto antes!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2.

BARCELONA

Cuando Budd abrió la puerta de aquella habitación, una extraña sensación de peligro recorrió todo su cuerpo. Allí iba a decidirse el futuro de unos asesinos sin escrúpulos, pero vio que, de nuevo, había llegado tarde a la cita con la enigmática rubia, que yacía ahora en el suelo brutalmente asesinada...



TRAS EL RASTRO

es el título del más reciente relato surgido de la
recia pluma de

KEITH LUGER

¡Budd Bates tuvo un macabro encuentro en mitad del camino, y a partir de entonces una gigantesca intriga se cernía sobre él, amenazándole con destruir todo cuanto había edificado hasta aquel momento a fuerza de plomo y de sacrificios!

Tras el rastro

La novela que podrá leer con la seguridad de que
le intrigará hasta la última página

COLECCION BISONTE EXTRA

la publica esta semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



*Marina Vlady
& Marcelo Mastroianni*

N.º 1059

El popular actor italiano y la bellísima actriz rusa fueron los simpáticos protagonistas de la deliciosa comedia "Días de amor".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A. A. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

